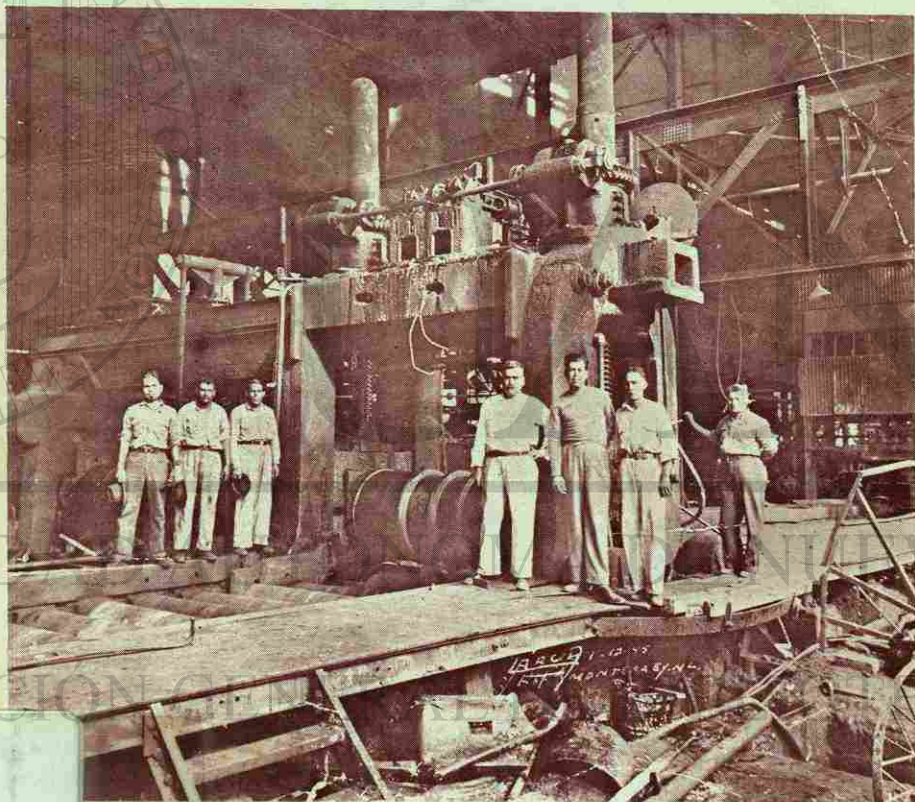


# Una fiesta inolvidable



*Homero Galarza Elizondo*

98

2

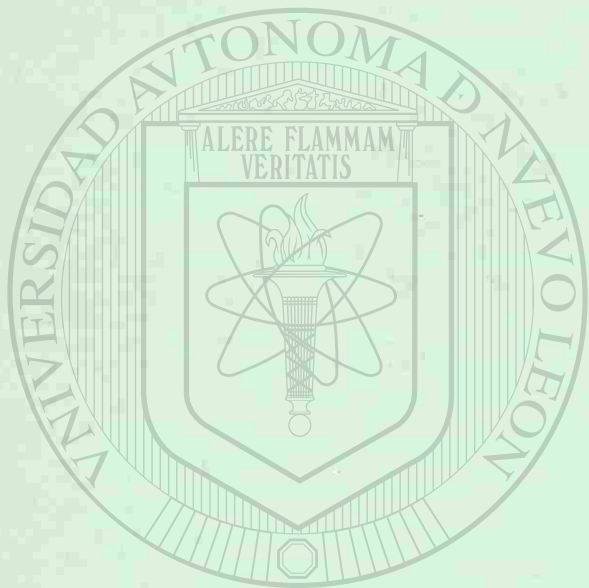
729  
7  
4

Una fiesta inolvidable /

Homero Galarza Elizondo



1020082180



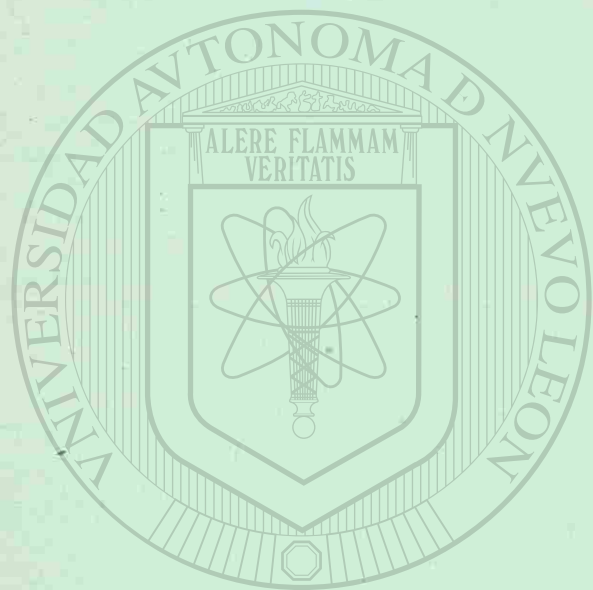
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

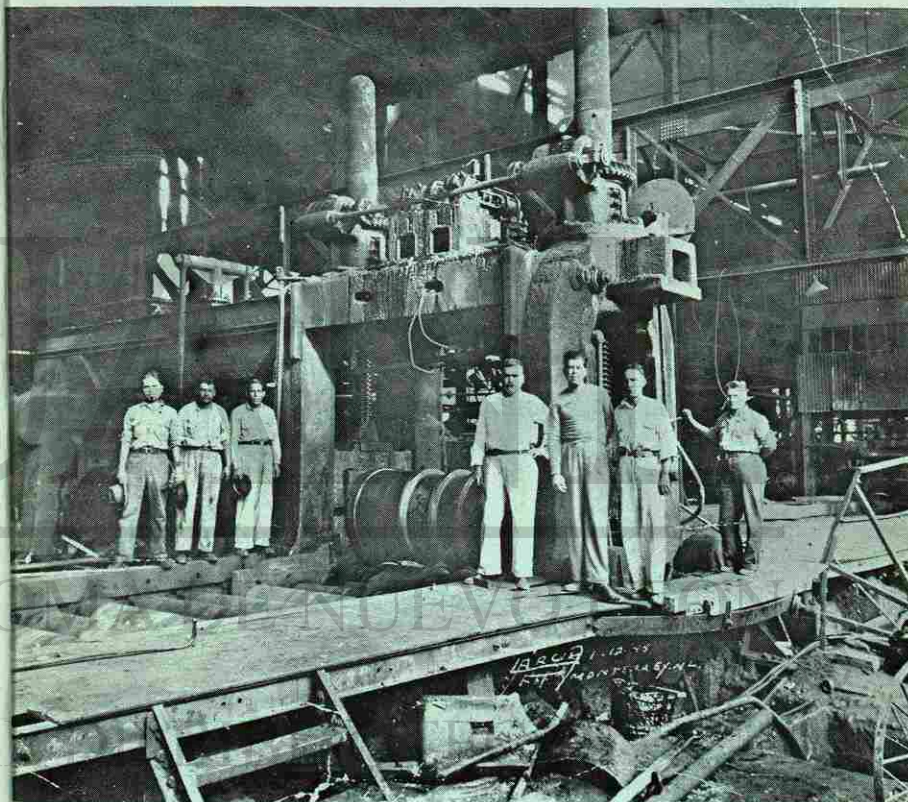
*Escuela Galileo de Estadística*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

# Una fiesta inolvidable



1930

*Homero Galarza Elizondo*

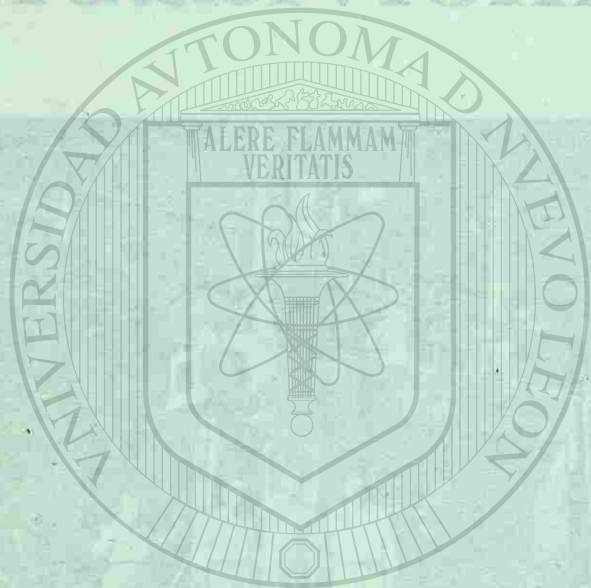
PQ7298

.17

.A4

US

EJ.2



FONDO UNIVERSITARIO

163987

FUANL

Universidad Autónoma de Nuevo León  
Facultad de Ciencias de la Comunicación



Rector

*Ing. Gregorio Farías Longoria*

Secretario General

*Ing. Lorenzo Vela Peña*

Director de la Facultad de Ciencias de la Comunicación

*Lic. Salvador Guajardo Salinas*

Director Editorial

*Lic. Ernesto Rocha Ruiz*

Publicaciones de la Facultad  
de Ciencias de la Comunicación

Ediciones ARBOR

Imprenta de la Facultad  
de Ciencias de la Comunicación

# Una fiesta inolvidable

*Homero Galarza Elizondo*

Cuentos y  
relatos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## INDICE

### PRIMERA PARTE

- 11 / *Una noche de espanto*  
15 / *Fundidora Vs. Celulosa*  
19 / *Una fiesta inolvidable*  
25 / *Réquiem para un contrabajo*  
29 / *La Morera, un campo de batalla*  
35 / *Peter Rock*  
39 / *Un viaje a la Capital*  
43 / *Chano, un niño solitario*  
49 / *El niño Dios*

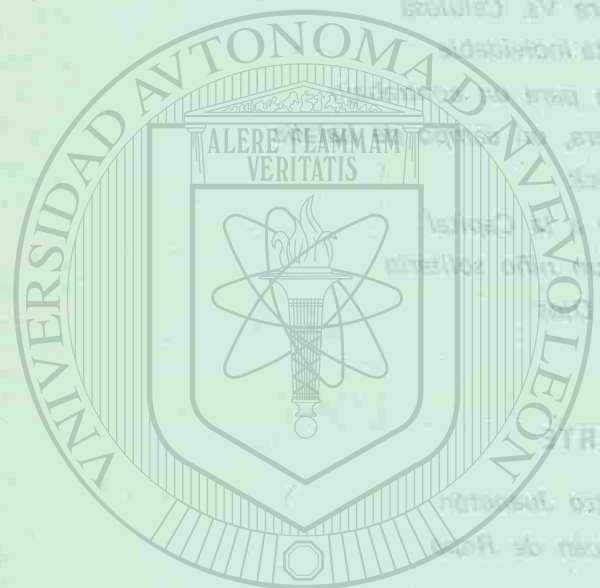
### SEGUNDA PARTE

- 53 / *El maestro Juanetón*  
57 / *El Almacén de Ropa*  
61 / *Olegario*  
65 / *Los cucarachos*  
69 / *Los lunes, días de fiesta en el Olimpo*  
73 / *Blas, un gallo muy jugado*  
77 / *Chupaderos*  
81 / *Por fin el emergente*  
87 / *El "Cantinflas"*  
91 / *El "Kilowatito"*  
95 / *El "Escuadrón de la muerte"*

18012

PRIMERA PARTE

- 11 / Una noche de verano
- 15 / Fundador V. Calles
- 19 / Una fiesta inolvidable
- 23 / Requiem para un alma
- 27 / La Morte, la vida
- 31 / Por fin
- 35 / Un viaje a la Capital
- 39 / Chano, un niño solitario
- 43 / El niño



SEGUNDA PARTE

- 53 / El maestro
- 57 / El Almacén de Hielo
- 61 / Olegario
- 65 / Los obreros
- 69 / Los hijos de la tierra en el Ojito
- 73 / Ciudadanos
- 77 / Por fin la estrategia
- 81 / El "Kilowatio"
- 85 / El "Escudón de la muerte"

# 1a. Parte

## Cuentos y relatos de la Colonia Acero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

## UNA NOCHE DE ESPANTO

*En las noches de intensa zozobra espiritual, el fuego de la gran fábrica extendía sus anillos como un coralillo, rodeando a la colonia en las febriles pesadillas de los niños . . . De los niños indiscretos que habían escuchado cuentos de aparecidos en torno al fogón, mientras las viejas atizaban el fuego, (complacidas, con morbosa curiosidad), cuidando el suspenso y tenebroso compás de un péndulo, que indicara la hora al nervioso Cucú, rehén del tiempo . . . justamente cuando la sombra del cerro de la Silla, —como un murciélago— se agigantaba en el cielo, y la luna brillaba frenética en los ojos azorados de los concurrentes.*

*En la colonia sólo Carola leía o contaba, con intenso placer, lecturas dantescas y apocalípticas, historias “espeluzantes” —como solía decir equivocadamente—, porque ponían los pelos de punta.*

Carola era diminuta y milenaria. Su rostro, inescrutable como los desiertos, estaba surcado de arrugas. Tenía un cuarto lleno de muñecas que atendía como a hijas, las que llamaba "sus niñas" y que endulzaron su longeva soltería. Concilió ese amor filial con los deberes de molinera, con la abnegación de una matrona bíblica.

Cuando reía, parecía una maga; pero ella era afable como una hada madrina. A veces estaba triste, porque sus muñecas enfermaban de muina y de melancolía. Por las noches se encerraba, sitiada por la soledad immaculada de su castidad y por el miedo que le producían sus atrevidas lecturas. Un miedo cervical que transmitía a su osado y escaso auditorio, que se iba temeroso de un encuentro macabro con la ubicua y pavorosa presencia del...

Todas las noches —en las fantasías de los sueños infantiles— por las desoladas calles de la colonia, entre las fluctuantes sombras y las relampagueantes luces de la lumbre de la Fundidora... Carola salía de su chimenea y volaba sobre los techos de las casas para llevarse a los niños que anduvieran muy noche y hubieran desoído el atronador pito de las diez (hora de recogimiento habitual para todos los menores). El pito de la gran fábrica parecía el de un buque de vapor, zarpando en alta mar. Nuestros padres eran los oficiales de esa tripulación cargada de ilusiones y de acero que se perdía en las brumas.

Carola fue un lugar común en el universo esotérico de la colonia. Una magnífica cuña de presión para nuestros padres.

La muerte había irrumpido en la colonia y llenado de quebranto y aflicción a familiares y vecinos. Un llanto doloroso estremecía el ambiente. Toda la colonia veló contrita y se sumó a la congoja de sus deudos.

Hacía muchos años que la muerte no pisaba estos lares. Este acontecimiento funesto representó una mayúscula desgracia general, que se agregaba al confundido sumario de emociones y temores infantiles.

Carola había dejado a sus "niñas" haciendo los responsos y se había integrado al duelo.

Algunos niños corrían desaprensivos; y otros, observaban y oían las pláticas reservadas de los grandes que formaban corrillos.

Cuando llegó Carola, un grupo de jóvenes maliciosos dijo en voz baja a los niños que estaban de orejones: "¡Aguas, ahí viene Carola!". —"Ya váyanse a dormir"... dijo Carola.

—Cuídate Carola, a lo mejor tú sigues —dijo un atrevido—.

—La muerte no respeta edades —dijo Carola engallada— se lleva niños, jóvenes, (hizo una pausa para mirarlos detenidamente) y viejos como sus padres y como yo, naturalmente. Y agregó: Ricos y pobres; feos y bonitos; gordos y flacos (dio unas palmaditas a dos bromistas y se retiró riendo irónicamente).

—Ustedes, váyanse a dormir, —dijo, antes de desaparecer—.

En otro grupo de dolientes comentaban:

—Una muerte nunca viene sola, siempre son tres los difuntos.

Muy pronto los padres mandarían a dormir a los niños...

*¿Quién iba a dormir esa noche?*

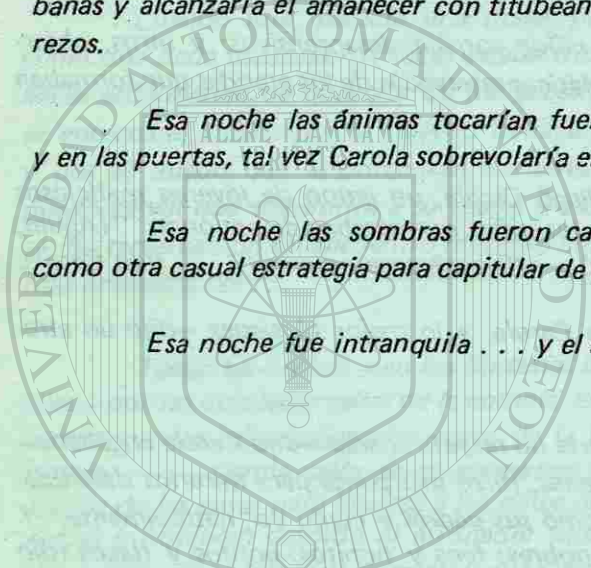
*Esa noche el sueño sería una mortaja para los aterrados infantes que sentían la sábana como un sudario y el camastro como un ataúd.*

*Esa noche un llanto reprimido se ahogaría en las sábanas y alcanzaría el amanecer con titubeantes e interrumpidos rezos.*

*Esa noche las ánimas tocarían fuerte en las ventanas y en las puertas, tal vez Carola sobrevolaría el patio.*

*Esa noche las sombras fueron cambiando de lugar, como otra casual estrategia para capitular de miedo.*

*Esa noche fue intranquila . . . y el sueño fue medroso.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

## FUNDIDORA VS CELULOSA

*Todas las mañanas el sol resbalaba por el cerro de la Silla y caía en los peroles de la Fundidora para fundirse luego en un haz de lingotes. En seguida se iniciaba un concierto de ruidos de máquinas, grúas, sirenas en diferentes movimientos y para diversos instrumentos, bajo la dirección invisible de un Stravinsky incesante durante los tres turnos.*

*Como vivíamos en las entrañas de la Fundidora, llegaban todos los días unas emanaciones fétidas y enrarecidas que rompían con la monotonía y gravedad del momento. Mientras respirábamos esos pestazos se hacían burlas, aunque muchos cerraban puertas y ventanas los fuertes olores penetraban.*

*La combustión de gases en la elaboración y producción del fierro y acero eran un asunto detallado que sólo podían ser explicados por Poncho, Federico o Gerardo, los científicos de la Colonia.*

En la fundición del hierro podían estar presentes 57 elementos —decía Poncho— y enumeraba y los escribía para asombro nuestro.

Bastan 17 elementos para producir el simple acero de carbón —decía Federico y acotaba: manganeso, fósforo, azufre, silicio, oxígeno, cobre, níquel, arsénico, estaño, cobalto, nítrógeno, cromo, molibdeno, aluminio y antimonio... ¿Y si quieres producir un acero superior?, —lo interrumpía Gerardo—. —Entonces— decía Poncho: “permítanme enumerar estos elementos: cromo, cobalto, columbio, cobre, manganeso, molibdeno, níquel, silicio, titanio, tungsteno, uranio, vanadio y circonio.

Ahora bien, decía Gerardo, ¿cuántos pies cúbicos de aire se necesitan por cada tonelada de lingotes?

—Yo te contesto decía Federico: 440 mil pies cúbicos, exactamente... ¿No es así Poncho?

—Correcto —decía Poncho—, o, lo que es lo mismo, 4 toneladas de aire.

—Vámonos, dijo el Chato, ya me dolió la cabeza y la Fundidora empieza hacer sus necesidades.

—¡Qué bárbaros, cómo saben tanto! —dijo Chuy—.

—Es que se aprenden el “Previsión y Seguridad” de memoria, y le machetean todos los días —dijo el Mace—.

—¡Claro! —dijo el Chato—, y si se equivocan quién de nosotros les discute.

—Quería preguntarles cuáles eran los elementos que producen la peste —dijo Chuy—.

—¡Nombre, no les muevas!, —dijo el Chato—.

—Los tengo fuera de mi pandilla —dijo el Mace—.

Nos despedimos, y yo jamás supe si el manganeso con el fósforo y el azufre producían la fetidez, o si eran otros gases. Si alguna vez lo explicaron Poncho o Gerardo, lo olvidé.

Una tarde llegó una visita a la casa. Un niño de mi edad venía con ellos. Estaba él en quinto año y yo, en sexto: Teníamos el mismo tamaño. Muy pronto tuvimos serias diferencias: todo lo de la colonia le parecía insignificante, hasta el pestazo le pareció una nadería y me apostaba que Celulosa le ganaba a la Fundidora, luego que él me ganaba, hasta que nos trenzamos en una dura lucha después de los golpes, y a no ser que le llevaba un año de edad, pude medianamente empatar. Yo gané en box, y él, en lucha.

Cuando se fue la visita le pregunté a papá si Celulosa era más apestosa que la Fundidora, mi padre no me contestó, me llevaba al patio, y luego, quitándose el cinto me dijo: Te voy a enseñar a tratar las visitas.

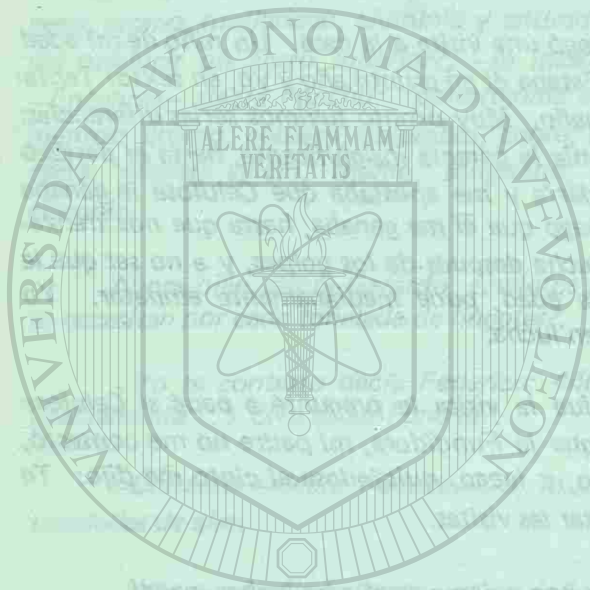
—Yo gané en box y él me ganó a las luchas, papá!

—Le sacaste sangre de la nariz— dijo papá.

—Yo saqué un chichón, le dije, a punto de llorar de rabia.

Entonces cambió de actitud, se puso lentamente el cinto, y ya para retirarse me dijo: el olor de Celulosa te puede hacer que vomites, que dejes hasta de comer, y por las noches, que dejes de dormir. Ese niño también te ganó la apuesta, y le pegaste —dijo—. Dile a tu mamá que te cure la oreja, te está saliendo sangre.

*Nunca supe si en esa ocasión papá se contuvo al ver la sangre o si el empate le pareció justo. Días después me llevó a Celulosa y confirmé la derrota.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

## UNA FIESTA INOLVIDABLE

*En la colonia Acero todos sabíamos la vida de cada quien, esto obedecía a que había una sola puerta de entrada y salida, y sobre todo, al interés "ecológico" de sus moradores por la vida del prójimo y su medio ambiente, en todas sus manifestaciones.*

*Pueblo chico, infierno grande, rezaba perfectamente para el caso. Si alguien tenía flatulencias, todo el mundo lo percibía: no era una expresión hiperbólica.*

*La colonia, contigua a la Fundidora, era exclusiva para trabajadores y jefes, quienes podían doblar turno, o acudir de inmediato a casos de emergencia.*

*Había tres fuentes noticiosas de primer orden: Chago el dulcero, Pepe el carnicero y Carola la molinera. Chago nos*

endulzaba el chisme; Pepe nos hacía el caldo gordo y Carola nos acababa de moler. Lo demás corría a cuenta de comadres y entusiastas metiches y correveidiles, duchos en el chismorreo, que servían de corresponsales, comentaristas y avezados conversadores y nos mantenía al día.

Por las noches llegábamos invariablemente a la plaza, después del juego, del trabajo o de la escuela para escuchar las "nuevas" y "jugosas críticas". Ahí, en la plaza, se vaciaba toda la información y se hacía la edición del día, con noticias corregidas y aumentadas. Los resúmenes corrían a cargo de los mejores narradores quienes sabían ponerle fleco y maquillaje a la más anodina información y hacerla risible e interesante.

La noticia más relevante del momento era el cumpleaños de las triatas, sus quince y bien dotados años. Y pondría en juego a nuestros mejores retoños chambelanes y damas, los que resultarían después del arduo trabajo de convencimiento.

Casi todos nosotros teníamos un miedo cerval para salir en fiestas y representaciones y exponernos al voraz apetito de nuestros depredadores. La ausencia, esta noche, del Chato, la Sandía y Cesáreo nos pareció que habían resultado agraciados, o bien, ahí había "mínimo en cautiverio" —cómo decía el Chato—.

Genaro llegó corriendo para avisarnos que los ensayos habían empezado y la maestra de baile estaba muy guapa, pero don Tomás había remachado puertas y ventanas. Enseguida llegó Leónides y nos dijo que traía la lista de los flamantes chambelanes y damas.

El Chato encabezaba la lista, lo que confirmaba las sospechas del Churro, quien nos había informado que el Chato Grande tocaría en la fiesta, motivo que obligaría a nuestro amigo el Chato Chico a "echarse ese trompo a la uña".

Por nada del mundo me pierdo los chaplinescos ensayos ni las puntadas cantinflecas del Chato —dijo el Zurdo—.

—No dejan entrar, ni te hagas ilusiones —dijo Jaime—.

—Crean que van a estar libres de la "mosca" —dijo el Churro—.

—Llevaré —dijo el Zurdo— unas empanadas, y les diré que mamá se las manda. Además don Tomás le debe a papá.

—Ahí están mis dos hermanas, tienen que dejarme entrar —dijo Beto—.

—Yo les diré que papá me envió para cuidarle el tocadiscos, —dijo Genaro—.

Cuando terminó el último ensayo don Tomás invitó una cerveza al Chato, al Zurdo y a Genaro.

—¿Gustan una cerveza, muchachos?.

—¿Cómo ve don Tomás? Nada más porque me cae usted muy bien, dijo el Chato.

—No te hagas, —dijo Genaro—.

—Bueno —dijo el Chato— "sobre el occiso las ofrendas florales"; pero nada más tres.

—Tómate ésta y di que te fue bien, —dijo don Tomás—.

—Oiga don Tomás, ¿cómo le va hacer para bailar el vals con las tres? —dijo Genaro—.

—Me va a tocar mucha tarea.

—Y por qué ño baila a la “Rueda de San Miguel” —dijo el Chato—.

—¡Ah! qué Chato tan ocurrente, tan . . . &!( \$ —dijo don Tomás—.

—Oiga don Tomás, cuándo tuvo a las triatas . . .

—Oyeme —interrumpió don Tomás— yo no tuve a las triatas.

—Bueno, ya sé —dijo el Chato—, usted quería comprar una vaca.

—¡Nombre!, ¿quién dijo eso?.

—Quién sabe, tal vez Carola, Chago o Pepe. Usted sabe bien como son.

—¿Sabes lo que es una nodriza? —dijo Tomás—.

—Tengo una vaga idea —dijo el Chato—.

—Es una nave, baboso —dijo Genaro—.

—Son ignorantes —dijo el Zurdo—. Creo que les faltó a éstos una nodriza.

—Sí, una nodriza y una “madriza”, ¿no crees m Zurdo?.

—Sobre todo lo último. (El Zurdo les cerró un ojo a sus amigos).

—Qué tan cierto es que las procreó con un testículo

—Sí, fui operado de una hernia, y . . . también se los dijo Chago o Pepe. ¡Ah! raza desocupada.

Entonces se acercó más a ellos, y en voz baja les dijo con orgullo: ¡Triatas y con un . . .! Ahora, muchachos, listos para mañana, y que todo salga bien.

Al día siguiente toda la colonia abarrotó el salón —hasta las banderas—. Había despertado tanto interés el insólito quinceañero, que se sentía un nerviosismo fuera de lo común. Se comentaba que el Chato tocaría redovas y polkas, y si se le pasaban las copas haría acrobacias y malabarismos con el contrabajo. Mucha gente tenía también interés en ver los acabados de la ropa y remiendos de última hora.

Empezó el esperado baile, las mujeres sacaron pañuelos y abanicos para soslayar los agrios comentarios que iban surgiendo. Los chambelanes y las damas se sintieron agarrotados y torpes con los murmullos y bisbiseos.

La maestra de baile cambiaba de colores. Cuando el Chato se equivocó de pareja y tomó a otra de las triatas ocasionó un desperfecto en la sincronización. Las risotadas se generalizaron, los músicos se desentonaron y la maestra, graduada en la mejor academia local, con post-grado en España, tuvo un desmayo súbito, que sirvió para detener el desaguizado y recombrar ánimos y compostura. En ese ínter Leónides se acercó a los chambelanes y paseó una anforita con mezcal curado: —¡Animo muchachos!, lo estaban haciendo bien.

—No ves el circo, nos zumban los oídos —dijo la Sandía—.

—Ahorita se les quita lo tieso, ieso es todo!.

La maestra salió tambaleante y no regresó ni por la feria. Mal que bien se reanudó el baile —lo peor ya había pasado—

al empezar el vals don Tomás se vio mal, continuaban las risas, entonces cambió el acorde y se escuchó "A la Rueda de San Miguel". La gente los animó y don Tomás no tuvo más remedio que seguir la música.

Cuando terminó, un fuerte aplauso coronó el esfuerzo, luego don Tomás sacó el pañuelo y se secó el sudor, agradeció los aplausos y miró hacia donde estaba el Chato, rió junto con el "estimado público" y murmuró algo que todos adivinamos como una recordatoria amable a todos los ancestros, incluyendo al español intrépido que se cruzó en el árbol genealógico del Chato.

De la maestra se supo después que usó peluca por un buen tiempo para superar el bochornoso incidente.

Durante mucho tiempo el quinceañero ocupó los titulares de la plaza, gracias al coordinado esfuerzo de la comunicación, porque todas las valiosas impresiones de los asistentes se recababan en cualquiera de las tres agencias capitales: con Chago, con Pepe o con Carola, para terminar en la rueda de prensa de la plaza, sede de nuestro consejo editorial.

Y aquella vigorosa frase había de correr mundo y calar hondo en el seno de la vida social de los signos lingüísticos, porque para enfatizar y subrayar algo extraordinario, decíamos: (en voz baja y con arrogante estilo). "Y con un . . .!"

## REQUIEM PARA UN CONTRABAJO

El Chato no sólo cargaba el contrabajo, sino que lo tocaba —y lo tocaba bien—, como corresponde a quien carga tan aparatoso instrumento; como quien soporta a un hermano siamés, aunque finalmente, uno de los dos se abandone a la suerte del otro . . . Sobre todo, después de una tórrida melopea . . ., a cuestas.

El Chato terminaba su jornada en la Fundidora y continuaba sus compromisos filarmónicos, que le gratificaban su corazón bohemio.

Las fiestas eran pródigas y generosas para propios y extraños; para zafios y petimetres; para ricos y pobres. Corría el ron, la cerveza y el mezcal. Después del atracón del banquete



se repartían los lonches o tamales entre los comensales de cada mesa. (Algunos iban preparados con bolsas y se llevaban esas dotaciones).

El lema de las fiestas giraba en torno a estas frases:

— ¡Que sobre!

— ¡Que no haya miserias!

— ¡Que no se hable mal de la casa!

(De ahí el surrealismo de la época con esta peculiar expresión: "Echar la casa por la ventana").

El Chato, antes de retirarse, llenaba el vientre del contrabajo. De regreso, repletos ambos: De vino uno, de tamales el otro, resoplaban los ecos de las últimas canciones: "Comadre Juana, vamos a bailar . . ."; "Varsoviana, varsoviana, quién te trajo aquí . . .".

Cuando uno se acercaba al goloso instrumento, la ventriloquia del Chato hacía que eructara salvas de buena digestión.

Cuando el Chato tocaba, la gente se ponía de pie, las vibraciones de las gruesas cuerdas del tololoche hacían vibrar el tímpano, la tráquea, y el esternón quedaba como costal de entrenamientos. Los asientos astillados podían pellizcar. Era necesario revisar las sillas.

Con la percusión del virtuoso aparato, algunos niños botaban el pernicioso cerumen y los viejos se aliviaban de flemas y carrasperas.

El turno vespertino de 3 a 11 de la noche ofrece una recompensa a la garganta, porque inclina a las veladas pedes-

tres, después de la jornada; a la fragua de sueños, a zarpar las naves por aguas tranquilas, al contrabando de ilusiones o, a calafatear el corazón herido.

Muchos trabajadores encallaban en tabernas y puertos de la cofradía, para cantar las viejas canciones de cuna en versiones profanas, al tiempo que se hacía el arqueo de las tinajas de ron y barriles de cerveza.

El contrabajo ajustaba las cuerdas: aflojaba las tensas y tensaba las flojas. Después de esto, el marcapaso del ambiente latía regular y uniforme en el pulso de las fiestas.

El Chato acostumbró arribar en muelles alegres para desaguar la nave y carenar el casco del contrabajo.

El contrabajo se acostumbró a esas correrías de berbería por la ruta comercial de las especias, entre bucaneros de parranda larga.

Un día el contrabajo perdió su pierna de palo, en su lugar, un morro y un garfio le darían la patente de corso que los corsarios y filibusteros respetaban. El Chato podía navegar las 40 leguas a la redonda, libre de cuidados.

El contrabajo tenía sus atracaderos, en ocasiones, como prenda de empeño, como rehén valioso y, como huésped distinguido las más de las veces.

Para qué quería dinero, el Chato, con su simpatía, su buen humor, su bonhomía hidalga de caballero andante y su fiel escudero, bienvenidos en casas y posadas.

Un día el contrabajo venía apoyado en el estribo de una fortinga —crucero de la época— el Chato tenía miles y miles de trasnochadas, el sueño bajo las velas, navegó al paio y se adentró en la engañosa bahía . . . El sueño caló hondo. Uno de sus

compañeros, el acordeonista, cuyo nombre no merece recordarse, vio cabecear a nuestro amigo el Chato, entonces, viendo que el puño del Chato mantenía con vacilante firmeza en el estribo al tambaleante contrabajo, le empezó a gritar sugestivamente: "Suéltalo, Chato, yo te lo llevo" —repetidas veces— el canalla.

El Chato escuchó en los trasmallos del sueño: "Suéltalo". —Casualmente, él soñaba que un grumete le pedía el instrumento para enarbolar el pendón—.

Como suele pasar en los accidentes, el aparato cayó en trepitosamente . . . Al desbaratarse, se soltó del cuerpo, porque depuso los tamales de la fiesta. El morro y el garfio terminaría sus días en el camellón de la calzada Madero.

El instrumento se achicó. El Chato aprendió a tocar la viola. Vinieron más caídas y embates . . . Y de aquel robusto contrabajo quedó un frágil y diminuto violín que ronca en su pecho cuando duerme.

#### LA MORERA (un campo de batalla)

Monterrey era en 1952 una ciudad de intensa vida comercial e industrial. . . Basta comprender que tenía más de 300 empresas millonarias que operaban con más de un millón de capital. Por esta razón empezaba a sobrepoblarse los alrededores de las grandes fábricas. La ciudad creció con la fuerza y los anhelos de los estados vecinos —con su gente— que pobló las colonias y los suburbios y se integró al progreso.

El censo del 50 había arrojado la alarmante cifra de 340,625 almas. Para nuestros padres y abuelos, éste era un dato escandaloso si comparamos el censo de 1930 que sumó: 137,388 personas. "Al rato —decían los abuelos— tendremos que atrancar las puertas".

La colonia Acero tenía cuatro manzanas, cada una con su respectiva pandilla, que jugaban y peleaban para mantenerse a tono con el clima competitivo de la ciudad; pero que no impediría que sus briosos jóvenes mostrencos corrieran, con su imaginación, por las praderas de un paraíso tantas veces recreado.

La fundidora tenía una dieta obligada de vástagos que ya a los 15 años podían probar sus fuerzas y el espíritu de camaradería en los vastos talleres y continuarlos en las canchas.

Las cuatro pandillas se entretenían con pleitos de cerbatanas, catapultas, latigazos, huleras, globos de agua, amén de otros líquidos, tampoco podían faltar el terrible pica-pica, que aplicado en la espalda y frotado, hacía estragos formidables. La flor del álamo, "el pica-pica", es un bulbo compacto de pelillos que se desprenden fácilmente, y que al contacto con la piel y el sudor ejercen una irritante comezón que obliga a quitarse la camisa; no obstante, persiste la rasquiña.

Frente a la colonia Acero había una arboleda, conocida como la "Morera" —por el predominio de estos árboles— cuyo fruto era ideal para manchar la ropa. Era un sitio neutral para las guerras intestinas o para el choque entre pandillas de la Madero contra la del Acero.

Por atavismo o por hacinamiento, el espíritu belicoso se funde en la actividad lúdica en un ritual que trasciende al moco incircunciso en honorable miembro de la pandilla... ¿Qué podía pasar más allá de un chipote; un ojo morado, o unas costillas golpeadas?

Las pandillas se iban reforzando y entraban en alianzas para frenar las desmedidas pretensiones de algunas y mantener a salvo el principio de territorialidad.

Las mejores cepas probaban sus puños y su puntería, tanto como sus piernas, después de una retirada forzosa, a

campo atraviesa, bajo una lluvia de moras, pica-pica, piedras y denuestos.

Hasta que Mace asumió el mando de las pandillas, frenó las hordas y acabó con el inútil desgaste del vandalismo, desmanteló las bandas, formó equipo de beisbol y de esta selección sacó a los "Bravos" de la colonia Acero. Don Desiderio daría el patrocinio a este nuevo equipo. ¡Habría uniformes!

La toma de medidas —como siempre— fue a últimas fechas. Casi todos habrían reído de aquel sastre frescachón que se esmeraba en la medida del encuarte con meticuloso empeño y celo profesional.

El juego inaugural fue todo un espectáculo con el pitcheo del Charro y un cuadro impecable, con bateo oportuno, los Bravos bloquearon a la novena de la colonia del Vidrio.

Los uniformes causaron una impresión gratísima, el cuadro jugó con la moral muy alta. Algunos duraron sin quitarse el uniforme, dos o tres días después del juego. Hasta que Mace los obligó a quitárselos para que fueran lavados y estuvieran en forma para el próximo juego con la "Madero", nuestro eterno rival y aguerridos contrarios.

Por fuentes muy allegadas, la Madero se estaba reforzando y traerían una porra beligerante de selectos peleoneros de colonias aledañas, además preparaban un asalto después del juego por la parte norte y poniente del parque Acero.

Mace estudiaba las estrategias del juego con el equipo y continuaría atendiendo los dispositivos de seguridad y defensa con los principales subalternos de la pandilla.

El juego era crucial; pero la defensa y el ataque ¡vitales por necesidad!

Una estrecha participación solidaria movilizó a una facción de menores voluntarios con Genaro y Jaime a la cabeza que se encargarían de la recolección del Pica-Pica y lo lanzarían desde los árboles a los cuellos de los seguidores y fanáticos contrarios, o bien, pasarían por detrás de ellos y desmenuzarían las maravillosas bolas de pelillos picantes, cuando estuvieran sentados en las graderías del parque.

Jaime y Genaro, los chicos más precoces de la colonia, habrían recolectado también, una dotación de cigarros y bachas para atender las demandas de tantos aprendices de chimeneas.

El Korea y los cuates Beto y Fito vigilarían el asalto al frente y el poniente, por fortuna cercados con malla y púas, lo que representaría un excelente blanco para Poncho, el Korea, con su proverbial puntería y la de los Lanceros de la Cuarta (primera manzana de la Acero). El Chato llevaría a la "Muñeca", perra entrenada —antimotines—, que no permitía que agarraran al Chato y sus amigos.

El Charro y el Zurdo Meme eran nuestros pitchers estrellas. ¡No podíamos perder!. Sólo una cadena de errores podía hacer perder a los Bravos. Le tocaría abrir al Zurdo. Toda la semana anduvo sobreprotegido por el Mace.

Cuando llegó el momento del gran encuentro, el parque se fue llenando con visitantes y fanáticos. Genaro y Jaime no se daban abasto con los lanzamientos de Pica-Pica.

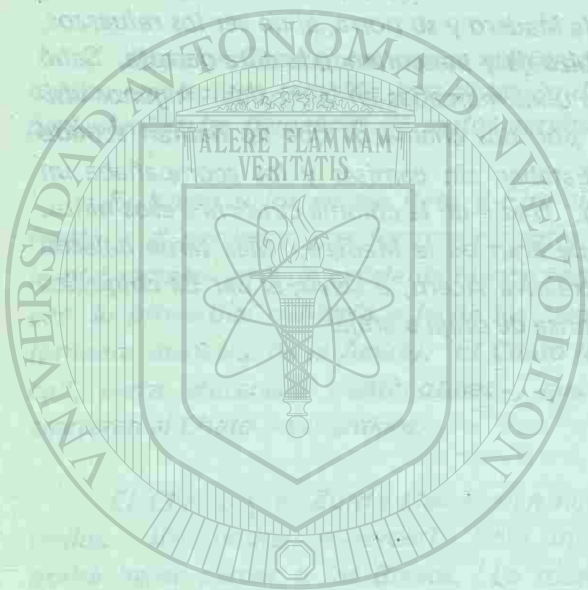
El equipo de los Bravos hizo su arribo a la cancha. Todos lucían unas sudaderas encogidas y deformadas que movió a risas entre los mismos y fueron un magnífico blanco para los de la porra contraria: "Ahí viene Sanforizado" —gritaban—. Lo barato sale caro —dijo el Chato—.

Si bajaban las camisetas a la cintura se les levantaba por detrás hasta la nuca.

—Ni modo —dijo Mace— parecen baberos. ¡A ganar mis bravos!, ¡fuera complejos!

Finalmente el juego se ganó en un mano a mano de pitcheo. El Zurdo blanqueó a la Madero. Los Bravos sacaron una carrera en la última entrada con hits de Evodio, de Meyo y del Charro, y se acabó el juego.

El equipo de la Madero y su porra, al no ver los refuerzos, salió escurridiza, cabizbaja y mascullando la dura derrota. Salió descamisada, con las uñas marcadas en la espalda. Algunos visitantes preguntaban por dos chamacos que les habían echado espinas u ortiga. Estaban sin camisas y los acompañaba un guardia de seguridad. Nadie de la colonia conocía a esos niños. Leónides aseguró que eran de la Madero. Más tarde bajaron del techo de la Recreativa Acero, a salvo, el par de chiquillos traviosos con una sonrisa de oreja a oreja.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

PETER ROCK

*El mejor paradigma de la lucha entre el bien y el mal es la lucha libre, principalmente la lucha mexicana; que reúne circo, maroma y teatro, para transformar en pandemonium las arenas y coliseos de todo México.*

*Si bien hay luchas técnicas, eminentemente limpias, en la mayoría de las arenas predomina el pancrasio (porque se vale todo, incluso llorar).*

*Este espectáculo, consentido principalmente por los niños, se convierte en un tribunal . . . El público es juez y jurado de una atávica sed de justicia. Para ello debe haber: sangre, sudor y lágrimas entre las dos fuerzas motoras del árbol de la vida.*

Los luchadores limpios y rudos representan el bien y el mal. El público, complacido, se irrita o se deleita de la personificación y se proyecta o transfiere los poderes de los modelos paternos para idealizarlos en el limbo del inconsciente o bien, satisface sus fantasías y se redime de la represión y la paranoia.

No es fácil escapar a este influjo subyugante, cuyos resortes son los mismos instintos y constituyen la libido y aseguran el principio de la vida frente al inevitable principio de la muerte: Eros y Tanatos, según Freud, los dos antagonistas fundamentales de la historia de la humanidad.

En todas las arenas del país se llena hasta las banderas. Nuevos sitios surgen en las barriadas principales para dar cauce a la afición y al talento.

La Arena Colfim tenía encuentros de lucha los sábados, con las figuras rutilantes que hacían los méritos en la antesala de las grandes arenas.

Muchos de la colonia nos aventurábamos por aquellos lares, en la Colfim (Colonia Francisco I. Madero), a sabiendas que la rivalidad estaba siempre latente, máxime después de una cruenta lucha que podría hacer temerario al débil, con mayor razón a los valientes y bragados . . . ¡qué importaba! también había muchos amigos entre las dos colonias.

Un blanco luchador enmascarado —aparentemente de la Unión Americana— estaba llamando mucho la atención, por su espectacular rudeza y porque se metía con el público, el atleta era Peter Rock, un fortachón villano del ring que traía de ayudante a un exótico, The Happy Yordis que atendía y cuidaba de que el público no se acercara a Peter sin antes recibir una desinfectada de D.D.T. y otra de perfume para equilibrar los pesados humores acres, tal vez, acciones ambas para encender los ánimos de los espectadores.

Cesáreo, Leonel y el Chato, junto con otros jóvenes, se abalanzaron para los autógrafos.

"Tú, chamaco, cómo llamar", decía Peter, o bien, "Pronto mocoso".

Mientras los muchachos daban sus nombres, el ayudante desinfectaba o perfumaba según el caso.

El Chato quiso jugar y amagó a Peter; pero éste le aplicó un látigo, luego una yegua voladora. El Chato parecía desmayado. Peter le aplicó un candado y un piquete de ojos. Peter exclamaba . . . "ssua" en cada piquete. Al tercer picotazo exclamó: Zuazua-Nuevo León. El Chato salió a gatas. El público bramaba indignado. En eso llegó el luchador limpio El Delfín.

El monstruo de mil ojos, el público, se le entregó sin reservas, a la vez que abucheaba a Peter. Este tomó el rociador del D.D.T. y fumigó los cuatro costados del cuadrilátero y aprovechó para aplicarle una dosis al Delfín y luego romperle en la cabeza el rociador y despacharlo súbito con un tope suicida.

El público estaba sediento de justicia. Peter salió por piernas; pero su ayudante fue herido en la reyerta.

Peter consiguió llenos absolutos, sin embargo, no pudo seguir manteniendo oculta su identidad, porque Leonel descubrió la relación (Rock-Peña) y (Peter-Pedro) hijo de una de las más queridas familias de la colonia.

Peter tuvo que dejar pasar un tiempo y pensar en otro nombre, en otro personaje que volcara de expectación al público, siempre ávido por lo original y espectacular de los gladiadores.



## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

### DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

#### UN VIAJE A LA CAPITAL

*Hay quienes sembrarían un arbotante, copiarían un libro y procrearían un hijo natural, sólo para contravenir a la naturaleza y a esa máxima ecologista: "Siembre un árbol..." para malquistarse con el género humano y negarle un peldaño al futuro de la existencia.*

*En la colonia habrá algunos licenciados en Tiempo Libre, que habrían cursado en la Universidad de la Vida y habrían obtenido los lauros de excelencia en sus particulares especialidades, para luego desplazarse por las calles de Dios, como auténticos bedeles.*

*El Negro, León y Chacho eran respectivamente, actor de carácter; filósofo y músico, se habrían distinguido como maestros del ocio y la disipación. Buscaban una plaza de actor en el*

teatro del mundo, que los sacara de los hornos de la Fundidora, en los momentos que la industria y los estudios del Cine Nacional estaban saturados de villanos. Así que sus papeles tuvieron que salir del celuloide y las tablas para lanzarse a la realidad misma.

La formación académica del Negro había sido meteórica, después de una rápida incursión por las aulas, continuó por correspondencia los estudios de: Arte dramático, Pintura, Presidigitación, Hipnotismo. Todas estas disciplinas le sirvieron para consolidarse en la actuación escénica... en las arriesgadas presentaciones de Inspector, Actuario y demás comisiones de oficinas arancelarias, por los diversos rumbos de la ciudad, con escasas representaciones para no ser sorprendido "in fraganti".

León debió tener entre sus antepasados, algún militar porque a él le gustaba sítar la plaza y adueñarse de las guarniciones y despatarrarse en las bancas, mirando con sorna a los transeúntes.

Parecía el dueño de la colonia. Sólo trabajaba algunos días festivos al año. En ocasiones acompañaba al Negro a las diligencias como ayudante o actuario, investido de autoridad gracias a la réplica de credenciales confeccionadas por el Negro.

León ocupaba su tiempo libre en la meditación trascendental, especialmente el tema de la inmortalidad, entonces quedaba absorto, suspendido en un punto del horizonte, el cloqueo de su respiración se volvía anhelante, el aire se le engolfaba en la nariz y unas venas perezosas aparecían en sus sienes, reveladoras de un agotante trabajo intelectual, luego se secaba el sudor y suspendía por ese día toda labor de análisis.

León odiaba el trabajo y evitaba toda fatiga, porque desde muy niño oyó o creyó oír que él estaba picado de

pulmón, frase demasiado estrujante para un artista hipocondríaco.

Chacho era un incipiente baterista que había abandonado los estudios por seguir el sedicioso sonido de las tumbas, el bongó y los platillos. Cubrió sus brazos de orlas de vivos colores, y para la pachanga le rezumbaba el güiro.

Chacho se ocupaba los sábados de hacer las cobranzas y recoger los abonos. Pronto encontró fácil la existencia al descubrir una bolsa secreta para sus ilusiones y menesteres.

La temporada del Negro fue corta. Su actuación en el pequeño comercio se terminó con la primera batida a los falsos inspectores, salvándose gracias a su versatilidad y sangre fría, porque el agente que lo interceptó cayó en un trance de hipnosis o víctima de la adulación les perdonó esas travesuras.

El Negro sintió el llamado del arte y se entregó a la conquista de la plástica y la pintura. Después de todo, el arte convertido en mercancía, es un campo ideal para la estafa, —pensó maliciosamente—.

León fue indemnizado con algunas credenciales, confeccionadas por su maestro: de inspector de panteones, de agente sanitario y de espectáculos. El día de los muertos, tenía un quehacer sencillo, recogía coronas y ofrendas florales y las vendía a otros piadosos deudos y visitantes. Vendía lápidas, epitafios, floreros y daba mantenimiento a los sepulcros.

Un sábado, después de hacer las cobranzas, Chacho se pasó a un salón de baile para tocar un rato y divertirse luego. En ese mismo lugar estaba el Negro, disfrutando de las policromías del lugar, y exclamaba: "Si vivieran Manet y Toulouse, al menos Chagall"... Bebía calmado, hacía rendir el dinero de su



último cuadro. Cuando avistó a Chacho, se acercó y notó que traía las tarjetas de abonos, sucias y embotadas de las esquinas, amarradas con una liga seguramente. Pensó: El Chacho anda bien rayado, se vino con todo y hebra. Este asunto se va a poner interesante . . . Y se sentó al lado del músico para empezar a trabajar su poderosa capacidad de sugestión.

No había pasado mucho tiempo, cuando llegó León, andaba probando su credencial de sanidad. Al cabo de una hora, el Negro los había convencido, se irían esa misma noche a la Capital . . . Su imaginación chocaba en las marquesinas, buscando sus anhelados nombres.

En México se dieron a la tarea de conseguir una plaza como artistas, luego como extras, tal vez doblarían artistas; pero fue en vano . . .

Arturo de Córdova, Miguel Inclán y Víctor Parra no necesitaban dobles.

Chacho, por esta vez, patrocinaba la empresa. El dinero de aquella cobranza duró sólo diez días. La dieta baja en calorías, el clima, la altura de la ciudad y la diferencia de sus personalidades aumentaron la nostalgia y precipitaron el regreso. Cuando llegaron a Monterrey tenían más de 48 horas sin hablarse. En el camino, León se había entregado a sus meditaciones, el Negro venía hablando solo y Chacho gimoteaba arrepentido, presintiendo quizá la inevitable cueriza. Al llegar a la estación se separaron como ilustres desconocidos.

CHANO.

## EL NIÑO SOLITARIO

Los niños inquietos son ignorados promotores de ventas de analgésicos y contribuyen favorablemente, en la prematura calvicie y el encanecimiento. Estos rapaces ponen a prueba la paciencia franciscana del educador; el control mental de un psiquiatra; y desbordan con más éxito la vida familiar, que sus atribulados padres.

Algunos maestros, al borde del delirio, desearían atornillarlos en sus pupitres, ponerles cabestrillos a los brazos, enyesarles las piernas y colocarles unas anteojeras que enfoquen permanentemente al pizarrón y, si fuera posible, amordazarlos o, simplemente, uncirlos al yugo del banquillo.

El niño disléxico también es inquieto; pero su febril nerviosismo lo empuja a evadirse de la realidad apremiante y

hostil de sus depredadores y del asedio fluctuante de nombres y significados que pueblan el desencantado universo del lenguaje y sus códigos, que se trastocan en el caleidoscopio de su visión del mundo.

La dislexia es un trastorno del lenguaje que consiste en la suplantación, cambio de lugar u omisión involuntaria de letras, sílabas, palabras en la escritura o la lectura. Su origen es diverso, al que concurren varias causas, constituye un síndrome

Hasta hace poco tiempo, la dislexia ha sido reconocida como una patología del lenguaje, anteriormente se le consideraba como un desorden afectivo, al que confluían: el abandono, la sobreprotección o el maltrato, como agentes traumáticos.

Los maestros corregían por igual el desmán, el desinterés y el lento aprendizaje: a reglazos y tareas redobladas.

El maestro tenía en la "regla", un auxiliar didáctico de primer orden, un instrumento de medición geométrica y matemática que servía también para observar el orden. . . El maestro corregía impasible al travieso, al apático y al bobalicón con notable serenidad, amén de coscorriones, estirones de cabellos y una que otra estrellada en el pizarrón, y por supuesto, una tarea extra y exhaustiva. . . El maestro enderezaba a tuertos y jorobados, y las más de las veces los alineaba al surco del orden y el saber.

A estos pilares del saber les era permitido utilizar las medidas disciplinarias que creyeran más efectivas: los asistía la confianza y anuencia de los padres y el apoyo irrestricto de la dirección.

Chano era disléxico y un prospecto repetidor de año. Lejos de recibir alguna ayuda, lo castigaban y le encargaban más tareas, animándolo con los epítetos más triviales: burro, zoque, cretino, piedra azul, mazorca, maceta, camote, cabeza de

alcornoque, de chorlito, tonto de capirote, botarate, papanatas, matalote, chambón, zonzo, baboso, o bien, menso. Chano las escuchaba a diario en su casa, en la escuela y en el barrio.

Chano se hundía triste en un llanto sordo y glacial del abismo autista. El niño odiaba leer y escribir en medio de las risas burlonas y soportar siempre el castigo injusto. Chano amaba la soledad del campo y la solitaria compañera de sus juegos.

La visita del inspector estaba próxima: los objetivos de los programas serían revisados. La maestra haría los reconocimientos de rigor. Todos los maestros y alumnos se verían apremiados por la magna visita del censor.

Ese día el repaso se detuvo en Chano. Tendría que hacer las sumas y restas sin contar con los dedos. Chano utilizaba bolas o ceros en el pizarrón para hacer sus operaciones. El grupo reía del rudimentario método. La maestra iba perdiendo la paciencia. No había remedio tenía que dejar a Chano después de clases y enseñarlo de nuevo a sumar y restar. Cuando pasaron a la lectura, Chano temía leer, su lectura era rápida e ininteligible o farfallosa. La maestra estaba visiblemente descompuesta, hizo una pausa para tomar un mejoral americano, mientras bebía el agua, su respiración agitada empañó el vaso y los cristales de sus lentes. La maestra pasó a la clase de ciencias naturales, sacó unas ilustraciones de insectos y señalándole con la regla una mariposa Monarca, le preguntó a Chano:

—¿Cómo les decimos a estos lepidópteros?

—Palomía — había contestado rápido, Chano.

Hubo risas tímidas y medrosas, sus compañeros no querían perder ningún detalle. La maestra cimbró el escritorio con tres reglazos y súbitamente se hizo el silencio . . . se dirigió a Chano y señaló la palabra "mariposa".

—Deletrea esta palabra, por favor.

—“Ma - ri - po - sa”, (lo habría hecho bien Chano).

—Bien —dijo la maestra— y le señaló de nuevo la ilustración.

—¿Cuál es el nombre de este bello insecto?.

—“Palomía” — había dicho atropelladamente.

Entonces el grupo atronó de risas, risas que salieron al pasillo y llegaron al delicado tímpano del Director y ensombrecieron el monóculo del orden . . . Las maestras de los salones contiguos suspendieron sus clases, cuando el Director llegó a la Babel del desorden, la maestra ya había pasado con la regla, a diestra y siniestra al jocoso grupo. El Director se detuvo unos segundos y regresó a la dirección. En seguida, la maestra sacó de la vitrina del material didáctico un envoltorio donde estaban unas largas orejas de burro, que colocó en la cabeza confundida de Chano y las ciñó con un cariño maternal.

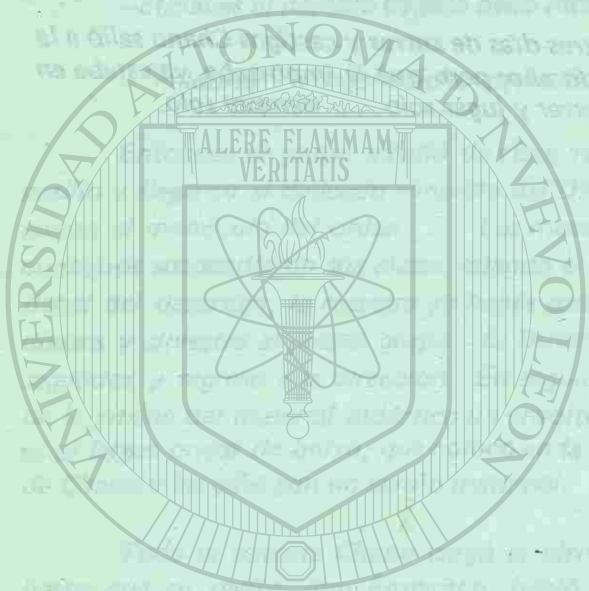
Toda la semana Chano cargó el afrentoso instrumento hasta que su padre, don Francisco, habló con la maestra y atendió la extensa queja y la recomendación de desparasitar al niño y tonificarlo para salvar el año escolar.

Don Francisco se imaginó que una gran tenia le estaba robando a Chano los suministros de fósforo y calcio y bloqueando la corriente del fluido nervioso de las neuronas.

Chano fue sometido a purgas, lavativas y tónicos. Después, religiosamente, antes de cada comida tomaría una cucharada de emulsiones, de aceites de hígado de bacalao y demás tónicos para refrescarle la memoria. Muy pronto burlaría las dosis del amargo y acre jarabe.

Cuando entregaron las calificaciones finales a los padres, Chano venía lívido y extenuado; pero no podía zafarse de la recia mano de su padre que lo llevaba a la cocina. Echó otro vistazo a las bajas calificaciones y buscó, ansioso, el tónico, y descubrió el frasco casi lleno . . . entonces, la ira se apoderó de don Francisco, abrió el frasco, tomó con fuerza la cabeza de Chano y le vació en la boca todo el tónico. “¡Andale!”, dijo: “¡Tanto tiempo nos estuviste haciendo pen . . . !”.

Después de tres días de zurras y castigos Chano salió a la calle. Habría repetido año; pero qué le importaba, ya estaba en vacaciones, podía correr y jugar solo . . . siempre solo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL NIÑO DIOS

*Hay tiempos de eclipses y desastres, de sequía y de lluvias que influyen en el desarrollo y crecimiento de las frutas y las mieses, de estirpes y linajes que consolidan el tronco familiar. Es probable que estas generaciones y cepas estén en relación directa con los rayos solares y el aumento de las manchas del gran astro Rey, las cuales ocasionan cambios en la temperatura, y por consecuencia, en el beneficio o detrimento de la vida y el ecosistema. Las alteraciones reducen o aumentan el número de langostas o chapulines, de cucarachas y pinacates, de ratones y conejos, etc. Fenómenos que invitan al especialista a comprobar la validez de sus conjeturas e hipótesis con las variables del caso.*

*La Colonia tenía una población sana y vigorosa con predominio en su estatura de los 1.67 al 1.72; pero de pronto surgieron jóvenes altos, algunos endebles y otros robustos que contrastaban con las vanguardias romas.*



Los jóvenes antes de salir, casi siempre, se detienen a despedirse y a decirle sus adiós. Los padres se quedan en la casa, a veces a veces se van a la escuela, a la de su hijo.

El día que se va a la escuela, los padres se quedan en la casa. El hijo y los hermanos se van a la escuela a despedirse y a decirle sus adiós. Los padres se quedan en la casa, a veces a veces se van a la escuela, a la de su hijo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

La casa de don Catalino Andrés Regado es en la ciudad de Monterrey. El hijo y los hermanos se van a la escuela a despedirse y a decirle sus adiós. Los padres se quedan en la casa, a veces a veces se van a la escuela, a la de su hijo.

El hijo y los hermanos se van a la escuela a despedirse y a decirle sus adiós. Los padres se quedan en la casa, a veces a veces se van a la escuela, a la de su hijo.

## 2a. Parte

### Relatos extramuros

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL MAESTRO JUANETÓN

*El maestro Juanetón aprendió a predecir el futuro con el termómetro de los pies. Tenía unos juanetes bien robustos. Desde su niñez, sus pies clamorosos vagaron por todos los rumbos de la ciudad. Era un pata de perro, un baquetón de siete suelas hasta que el arnés de la civilización calzó aquellos palpos para que pisara con decoro el suelo donde aprendía sus primeras letras. Más tarde, la fortuna quiso que encontrara un sosiego en la filosofía, y solaz en la languidez y la meditación.*

*Con el tiempo, cursó la carrera; más bien, la fue hollando, con penoso esfuerzo de hábil jinete que logra el equilibrio, montado en bríosos empeines, en zapatos cuya piel no conocieron doma, y que hacían crepitar a los rollizos y mofletudos juanetes, que a la sazón crecieron.*

Cuando consiguió unas horas en la preparatoria pensó que por primera vez estrenaría ropa y calzado. Estaba harto de usar los viejos zapatos de sus hermanos. Se emocionó porque podía vivir de su carrera. Hizo grandes méritos para ingresar al seguro social —hebrá demostrado lealtad y constancia de cinco años ininterrumpidos—. Ahora ya tenía los tres turnos cubiertos; podía permanecer sin comer ni beber si fuera necesario; iba los sábados para ayudar en trabajos administrativos, y los domingos pasaba repetidas veces para mirar que las instalaciones seguían ahí, de pie, firmes. Se sentía un ladrillo o una viga, una parte de la institución.

Permanecía todo el tiempo en la escuela, de las siete de la mañana a las diez de la noche. Durante mucho tiempo, desdeñó el padecimiento de sus pies. No podía faltar; clase dada, clase pagada. Así que habría tomado con espartana entrega el ejercicio de la docencia y, con viril estoicismo, los embates del dolor. En la noche, ya rumbo a su casa, con frecuencia se quedaba dormido, y desde la terminal tenía que regresar a puro pespunte, convertido en un vulcano maldiciente y vulgar. En su casa tenía que elegir entre dormir o cenar, a sabiendas de que el almuerzo y la comida habían sido frugales. Nunca tuvo tiempo de someterse a un tratamiento, pero las pocas ocasiones que fue al seguro bastaron para que su expediente se convirtiera en un catálogo ilustrado para los estudiosos en la pedantería y en la pedicuría. Habría contraído todas las enfermedades de los pies, desde el simple pie de atleta hasta la terrible podagra. El expediente llegó a manos del célebre doctor School, quien realizó un viaje especial para hacerle todos los estudios pertinentes; pero ya era demasiado tarde, el famoso doctor ya no tuvo más que una frase consoladora, de retórica familiar: "Tienes bonitos ojos de pescado", que conmovió al maestro hasta las lágrimas.

El maestro no dejó huella, salvo la de sus aparatos ortopédicos, que hollaron con tesón todos los estrados donde impartía clases. Se podía decir que era recalitrante en sus pisadas y frágil en sus ideas. Creía a pie juntillas, que el citar a los clásicos

le daba la consistencia de la erudición. Ni a Platón, ni a Aristóteles, ni a Horacio, ni a Plauto, ni a Séneca, ni a nadie, se les podía conocer a través de frases que quedarían para uso de sobremesa.

Su tozudez lo dejó cojo o su cojera lo dejó tozudo. El conocimiento no puede estar baldado, sino que debe erigirse en bases firmes para que la inteligencia y la razón lleguen a la verdad; sin el tropiezo de la equivocación, la improvisación, de la estupidez o en el peor de los casos, de la mala fe. A veces, trastocaba la cita, se la adjudicaba a otro; pero, ¿quién le hacía testera en temas tan bizantinos? Las frases latinas más usuales le fueron suficientes para insertarlas en la vida práctica. Su vida atormentada; de un salón a otro, subiendo y bajando escaleras, en medio de risotadas y burlas que hacían a su costa, calaron hondo en su carácter. De aquel maestro dicharachero, amante de anécdotas, siempre en caza de "citas citables" y en esos lugares ídem, donde citaba a placer a Rabelais, a Erasmo y a los que vinieran al caso. De las frases célebres pasó a las vulgares y de éstas, pasó a las veras; con sus zapatos ortopédicos ponía en retirada a los bromistas. Esta situación decayó aún más cuando en plena clase saltaba de la filosofía a la historia de México (de la doctrina de los órficos a la influencia de las logias en la insurgencia mexicana). En la clase de lógica daba redacción, equivocándose de grupo y de horario, y no le gustaba que se lo advirtieran.

Cuando lo corrieron se apostó en un salón y desde ahí se batió con todo el personal de confianza, usando las botas ortopédicas con singular maestría. Fue necesario el empleo de la fuerza pública; en la contienda se perdieron las botas. Después de servir durante diez años a la escuela, ahora hecho un bagazo, lo tiraban a la calle.

Lo hubieran dejado ahí, de tapete, si hubiera tenido una vistosa piel. Lo corrieron porque estaba perturbado en el uso



de sus facultades mentales, y ya ni siquiera divertía a los alumnos.

Ahora, libre, arrastrando las zalea, seguía citando a Rousseau, a Diderot. De nuevo a su primitiva condición, descalzo, sin dinero y un cerebro lleno de idiotismos.

La Sociedad de Pies Planos y Similares, vasta organización de ex-montañistas, trotamundos, trovadores, matachines, cómicos de la legua y demás peatones de corazón, tuvo noticia de un hermano en desgracia y le dieron auxilio con envidioso celo para rehabilitarlo. Si bien no pudieron reinstalarlo, le conquistaron una pensión para que viviera con modestia, le allegaron unos botines y, sobre todo, amparo y asistencia de hermanos.

A quienes han quedado lisiados o menguados en su amor propio se les aceda el carácter; se vuelven censores cáusticos y exacerbados críticos. Tienden a la anarquía; llegan fácilmente a la maledicencia y el esoterismo y enarbolan su defecto, con una prótesis de fanatismo, que acoge también a todos los que la vida ha tornado miserables e ineptos.

El maestro no recuperó totalmente los cabales, pero adquirió una grabadora para escucharse a placer.

## EL ALMACEN DE ROPA

La tienda estaba sola, sin clientes, sin moscas que espantar. Las empleadas se roían las uñas. El gerente se escarbaba la nariz había lanzado una campaña publicitaria para salvar del embargo y de la bancarrota al dueño. El slogan era "Ventas por liquidación". Efectivamente Alf, el dueño, pensaba liquidarlos, mejor dicho suprimirlos y huir esa noche para liberarse de su principal accionista, la cual era, nada menos que su propia esposa, y, ¡qué chico es el mundo! Ya estaba demandado... Sus hijos eran los abogados del caso, fieles cancerberos de su patrimonio. Y por una feliz casualidad, los suegros de Alf eran los asesores de la empresa. El era, después de todo, un empleado, arrimado a la fortuna de su esposa. A los ojos de sus suegros él era un pobre y aventurero comerciante de chácharas, demasiado sentimental para sus gastos personales; austero y medroso para llegar a ser un magnate. Alf quería, más bien

necesitaba unas vacaciones para enderezar un poco la joroba, la giba de 30 años de trabajo; rebajar su grueso abdomen y morir en la tierra de sus antepasados.

Todo estaba en barata, a rajatabla, y hasta el tono de la voz estaba rebajado.

El gerente, medroso, atiplado, ante la disyuntiva del éxito o la renuncia se escondía de Alí, su patrón.

Alí observaba la desolada tienda y la fracasada campaña de publicidad que lo alejaban de sus planes de fuga. Empezó a gritar: "¡Llaman al gerente!", "¡Qué mierda de publicidad!", y yo —decía— "al borde de la quiebra", "qué desgracia", "Dios mío . . . No hay más Dios que Alá y Mahoma mi profeta" . . . Qué pensarían mis antepasados que cruzaron los desiertos en caravanas de Teherán a Bagdad y de la Seca a la Meca . . . Vendiendo mirra, goma arábiga, gobelinos, pieles, lana, cachemira; pedrería, especias y elixires para gustos exquisitos y refinados . . .

"¡Traigan al gerente!" "My God!" y lanzaba puñetazos al aire sobre el imaginario rostro del gerente, pero éste permanecía escondido y en sus tribulaciones se imaginaba lanzado a la calle de un vulgar puntapié.

Entonces, se dirigió a la puerta de salida, cabizbajo y meditabundo para escapar de esta terrible situación.

Las empleadas, que miraban la quiebra inminente, tuvieron un momento de reflexión sobre el futuro incierto.

Cuando el gerente llegó al quicio de la puerta, las empleadas ya habían calculado el monto de las indemnizaciones; el tiempo que las llevaría negociar los arreglos entre las partes; los ajustes del sindicato; las molestias familiares; la presencia de

los reporteros y el asombro al día siguiente de las noticias tan dispares de los periódicos. Y hubo algunas que ya estaban pintadas y acicaladas, preparadas al desenlace.

El gerente se aprestaba a salir, cuando acertó a pasar un grupo musical que le pidió permiso de entrar para amenizar un concierto de "sabor tropical" y él, accedió, pensando que su renuncia sería con bombo y platillo.

Los músicos se instalaron ágilmente y pronto resonó en el edificio una tremenda cumbia que fue definitiva.

La gente que pasaba por ahí, ajena a este dispositivo, fue impelida hacia dentro, arrastrada materialmente, como si fuera succionada. Sus piernas flaqueaban ante la cadencia erótica y estimulante. Sucedió lo inesperado . . .

Se abarrotó la tienda. Las empleadas vendían hasta los aparadores.

El dueño tuvo palabras bondadosas para el gerente: "¡Qué clase de gerente!"; "¡Es un gerentazo!" "Excuse moi, mon Dieu" —exclamaba repetidamente—.

En el paroxismo, una cajera se fugó con el baterista.

El gerente, que cumplía con su deber, murió aplastado en el tumulto.

El dueño vendió hasta lo que traía puesto, y lo hubieran derribado para quitarle las placas y los postizos, pero gracias a su prominente abdomen, repelió la embestida.

Cuando el edificio quedó vacío, del escombros salió la empleada más "fiel", compañera íntima y sentimental del dueño. Al poco rato, Alí, con su enigmática y milenaria pro-

sapia, apareció. En su penosa situación, el árabe se había apoderado de la tambora abandonada y se la había calado como una ropa íntima y extravagante para cubrir su desnudez, y así cuidar valerosamente la caja registradora.

En el momento en que se disponían a partir, llegó providencialmente la esposa con los agentes del servicio de seguridad bancaria, recogieron la valija, y la suspicaz esposa tuvo una mirada de desdén a la pareja; que había, casualmente, planeado la fuga esa misma noche para dejarle la ruina del negocio.

— ¡Qué intuición de mujer! —decía Alí—.

— ¡Es una bruja! —decía la empleada—.

— Otra vez, como Dios me trajo al mundo.

— Salgamos cariño, es tarde.

La joven empleada tomó los platillos y el brazo de su amado. Y ambos salieron con gran pompa y regocijo, como en un desfile de carnaval. Cruzaron la ciudad hasta que llegaron al pueblo más próximo, donde gracias a ciertos créditos y a su capacidad financiera, levantó otro gran almacén y al cabo de cierto tiempo fueron los más ricos y prósperos de aquel lugar.

Cuentan las gentes de por allá que el audaz comerciante llegó con una mano atrás y otra adelante.

## OLEGARIO Y LA RADIO

Olegario, huérfano de padre desde niño, creció pegado a las faldas de su madre, quien a su vez estaba ligada a la radio como a Olegario. El infante encontró alrededor y dentro de la consola su segunda placenta. Ole y doña Catalina, su madre, escuchaban juntos toda la infelicidad, la injusticia y la miseria del mundo en los episodios cotidianos de las radionovelas. Doña Catalina recibía una pensión y las rentas de unas casas, por lo que vivían con tranquila comodidad, entregada a los deberes de su casa con más preocupaciones que las derivadas de las novelas de las diferentes estaciones de radio. Al principio doña Cata traducía en términos accesibles y le interpretaba los argumentos y noticias para que Olegario coligiera la trama. Posteriormente, él y su madre comentaban y discurrían con paciencia las series y se enfrascaban en la angustiosa espera del siguiente capítulo.

Olegario fue criado con las acechanzas, los temores y peligros del mundo. Sólo su madre, con la ayuda de Dios, lo protegía del engañoso mundo exterior.

Su madre le procuró ciertas amistades en el colegio, y ya en la carrera, le permitió con reservas algunas otras. Las dos o tres jóvenes que buscaron la amistad de Ole fueron extrañamente alejadas por su madre.

— Pero mamá, Juanita es muy seria.

— Es una mosca muerta, hijito, tu inocencia no ve las malas intenciones de esa lagartona.

— No, mamá, no es así.

— Además, no tiene en que caerse muerta, la pobre.

— Es la más inteligente del salón, mamá.

— ¡Claro!, mi'jito, se ve lo larga que es, ¡a leguas!

— Me cae muy bien.

— ¡Ay, mijo! eres un corazón con ojos ¡Que no se aprovechen de tu nobleza!

— ¡Mamá! por favor, no la conoces.

— Acuérdate de "la intrusa" que escuchábamos a las seis de la tarde. No mijo, ¡ya!, que no se hable más.

Ven mijo, te chuparás los dedos con esta tarta de manzana, pero primero comes tu "croissant", apúrate para escuchar "El Secreto de Sotomayor", y luego mijo "El pecado de una madre".

Los exquisitos pasteles y sabrosas comidas, zanjaban toda posible contrariedad. Doña Catalina cerraba la boca de Olegario con golosinas y mimos, mientras cantaba alguna canción de María Greever y preparaba té o chocolate para seguir escuchando las últimas novelas.

Cuando Olegario entró a trabajar por primera vez, tuvo la misma impresión que sintiera cuando entró al kínder; pero la madre lo confortaba por teléfono, hasta que los empleados hicieron chacota de las llamadas:

"Olegario te habla tu mamá"; "Ole, tu mami, al teléfono"; "Tu madrecita, Ole".

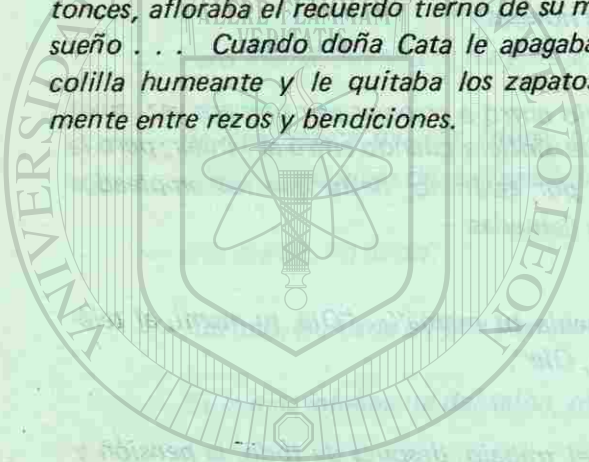
Olegario dejó el trabajo, después de todo, la pensión y las rentas los privaban de estas molestias vulgares.

Ninguna flor ni piropo ensayó en vivo, frente a las mujeres, porque un temor, ajeno a su voluntad, fue su cancerbero mental.

Los medrosos galanteos de Olegario no pasaron del espejo y se conformó con el Edipo orgulloso que se alojó en su corazón.

*¡Lo que le hubiera gustado una mujer parecida a su madre! . . . Pero madre, sólo hay una . . . Con el tiempo no cabría más mujer en su corazón, más que su madre . . . Y jamás atravesó el umbral de la virilidad fecundadora.*

*Cuando murió su madre se sumió en una densa desesperación. Un nuevo empleo mitigó la inaudita soledad y por las noches prendía la radio hasta que la cadencia de la música y el dulce sedante del cognac le despejaba la muina sentimental, entonces, afloraba el recuerdo tierno de su madre en la bruma del sueño . . . Cuando doña Cata le apagaba la radio, recogía la colilla humeante y le quitaba los zapatos y lo tapaba dulcemente entre rezos y bendiciones.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

## LOS CUCARACHOS

En el argot del billar, llamamos "cucarachos" a los jugadores principiantes de tercera fuerza y en ocasiones, a los de segunda. Estos jugadores pueblan los billares del mundo. Los jugadores de primera fuerza se encargan de eliminar a los cucarachos y controlar a esta plaga prolfica.

De esto se deduce la inevitable Ley Darwinista . . . de que sólo los más aptos evolucionan a la honrosa división de primera.

*Cuando el chaparrito Zamarrón llegó al billar, ya lo estaban esperando cuatro cucarachos. Movieron sus antenas, y en su jerga, murmuraron y rieron burlescamente . . . Le salieron al paso, retardadamente.*

*—¿Juegas maestro? —dijo un cucaracho güero—.*

—Gracias, —dijo el chaparro . . . y sonrió irónicamente—.

—Vengo dispuesto a darte una paliza —dijo otro—.

—Ganarte a ti, —dijo Zamarrón— es como quitarle un dulce a un niño.

El Chaparro siguió caminando por el salón de billar.

—¿No quieres ir al baile esta noche? —dijo el tercer cucaracho.

—Aquí no hay nadie que me haga bailar, sólo que estuviera enfermo como la semana pasada. ¿Verdad, Luis?.

Apareció Luis, la Rana, le había tapado el paso al Chaparro, y con el taco de billar le indicaba la mesa. Luis le había ganado la semana pasada al Chaparro, en un rato de suerte. Lo había agarrado enfermo, con diarrea, por la habitual desnutrición y malpasadas de artista sin trabajo ni patrocinios a pesar de que era el campeón nacional de carambola de tres bandas . . . Un hueso muy duro de roer.

Luis, envanecido por aquel triunfo, se había vuelto insoportable. Así que le dijo:

—Te daré la revancha —dijo la Rana— con un gesto de magnanimidad y complacencia.

—Sabes que no me diviertes —dijo el Chaparro—.

—La semana pasada te divertiste y te llevaste un ramillete de carambolas. Vi cómo se te caía el pelo. Y lo mejor, el alumno se impuso al maestro, ¡eh!.

—Mira Rana, no tienes promedio para jugar conmigo, —dijo el Chaparro—, si juego contigo es porque no hay más. Jugar con ustedes me baja mucho mi promedio, y francamente, me desacredito.

—Otra vez tus ínfulas. Vas en declive —dijo uno de los cucarachos—.

—Ya tengo un campeonato nacional, el próximo será el latinoamericano —dijo el Chaparro—, y prosiguió . . .

—¿Cuándo has calificado en un torneo? ¡Nunca! —dijo el Chaparro—, frotándose la nariz como si tuviera algún prurito.

En las mesas contiguas habían dejado de jugar, en la penumbra algunos cigarros se encendieron, las lámparas parecían proyectar nubes de humo. Del fondo se recortaron dos figuras, eran Matías y el Zurdo, incondicionales del maestro Zamar.

—Y sabes por qué no has calificado —prosiguió el Chaparro— . . . porque no tienes disciplina. No, Rana, este juego es ciencia, es mística y también poesía. No es un pasatiempo para vagos, se requiere técnica y mucha estrategia. Ustedes son líricos, Rana; y yo . . .

—Tú eres el maestro, —terciaron sus compinches, el Zurdo y Matías—.

—Ustedes son cucarachos —dijo el Chaparro— ¡simples cucarachos! y se fue a sentar.

—¡Cucarachos! —repitieron el Zurdo y Matías con burla—.

—Estás muy infladito —siguió la Rana—. Si fuiste campeón fue porque aquí te formaste.

—Sí, pero con gente de primera fuerza, con lo mejor de los billares, con gente que dominaba la técnica.

—Ya te demostré que no necesito dominar la técnica, y si la dominara, entonces, no me verías ningún partido —dijo la Rana—, y agregó, (retirándose al fondo del salón): no puedes con el coraje. ¡Andas bien herido! ¡Te abollé la corona! Luis rió complacido, mientras se retiraba, al mismo tiempo que sus manos se ejercitaban con un grotesco ademán obscuro.

—Te digo —dijo el Chaparro a sus compinches— son cucarachos.

—“Semos”, —dijo el Zurdo a Matías—.

Quando salieron el Zurdo, Matías y el Chaparro, pensaban en los posibles finalistas; pero ellos ya tenían su favorito, Zamar jugaría con Fernández o con Avalos la final. El Chaparro sólo movía la cabeza, bastante halagado.

Se detuvieron un rato viendo las calles, parecía que estaban regadas con basura.

—Así cuando se van acabar los cucarachos, —dijo el Zurdo—.

—Estamos invadidos, —dijo Matías—.

—Necesitamos una “Zanahoria” (empleados municipales de limpieza que utilizan overoles anaranjados) para cada habitante, —dijo Zamar—.

Quando llegó a su casa el Chaparro sólo pensaba en el Torneo Latinoamericano de carambola de tres bandas. Estuvo contemplando los trofeos que llenaban su cuarto. Dos cucarachas surcaron el techo.

—Sólo falta que sueñe con cucarachas, —pensó antes de dormirse—.

## LOS LUNES, DIA DE FIESTA EN EL “OLIMPO”

Todos los billaristas del Club “Olimpo” reconocen el fino adagio del maestro Cuco: de que el trabajo y el juego son incompatibles . . . Y, si el juego pone en peligro el trabajo . . . deja el trabajo. Por eso hay tantos cucarachos de tercera y segunda que llevan el trabajo y el billar a medias. Defraudan el trabajo y desprestigian al billar.

• El billar es totalitario, exige todo a cambio de nada. Aquí vienen los “periplaneta orientalis”, tiernos o maduros a dar bandazos y cometer pifias, y a servir de pasto y comidilla para las chirigotas de los billaristas. La lanceta de éstos es tan aguda y sarcástica que alimenta y mantiene viva a la picardía de un pueblo. Aquí es visto el “Maestro” Torres, con su pluma en ristre ensartar la ocurrencia del pelma con la ingeniosa cuchufleta, y aumentar el catálogo de la PUP.

Para un billarista sería ideal una herencia de dos generaciones de renteros; tener buen caparazón para rechazar las presiones; tener una esposa sana y devota; y unos hijos fuertes y trabajadores que sobrelleven el gasto. Sólo faltaría un poco de sarna para tener alguna desazón.

El Club es una sociedad mutualista de músicos, poetas y chiflados, mantenida con las cuotas de los socios que no asisten. Socios que —según el maestro Nando— son de maridos oprimidos, quienes se inscriben para liberarse “un poco” del yugo matrimonial; pero claro, no es esa la intención, y jamás lo logran, porque aquí se les acaban las rabetas, y llegan mansos y dulces al hogar.

Todos los días son recomendables para jugar billar; sin embargo, el lunes es el más idóneo —según el ingeniero y el Gallo Arce— favorece y eleva el espíritu. Los negocios prosperan y las dificultades se zanján o se pactan cordialmente. El amigo Matt dice que quien dispone del lunes, dispone de toda la semana. —Si lo dice Matt, es cierto—, pues siempre litiga con la vara de la justicia o con la vara del billar, a la sombra de la conciliación, ocupándose de las diligencias elementales del derecho, dejando el arbitraje a los jueces, y a la Providencia, el cauce legal de la justicia. Por eso Matt, aunque jugador de tercera, no tiene ni cana ni arruga, ni verruga y siempre está fresco como una lechuga.

Los jugadores de primera fuerza poseen un aire distinguido, casi beatífico, como si un nagual los protegiera. Estos jugadores están inmunizados. Un día fueron cucarachos y sintieron en carne propia todas las fumigadas y maledicciones del mundo. Viendo jugar al billarista de primera fuerza, en completa concentración y cálculo, hacemos nuestro el pensamiento de Pascal; de que el hombre es una “vara pensante”, y si todo se midiera con esa vara . . . ¡Qué bonito juego sería la vida!

La luna favorece los caprichos del jugador intuitivo, se suceden las carambolas fortuitas y adventicias, y aquí en Chupaderos, en el Olimpo, las llamamos “cacas”, “sapos”, “mierdas”, “bambas”, rara vez por su nombre “chiripas”. De ahí que el lunes, día de la luna, se vuelven más tensas las partidas y, obviamente, las partidas más cerradas.

Quizá la Sociedad de Filarmónicos comparta, al igual que la Sociedad de Billaristas, el más olímpico desprecio de las instituciones públicas y privadas, las cuales no les dan el reconocimiento social, ni apoyos legales, ni créditos bancarios. Estas especies amenazadas de extinción, requieren la ayuda de autoridades ecológicas, para proteger a estos especímenes que sobreviven en este viejo mundo salvaje de la depredación humana.

Merece nuestro reconocimiento y admiración la labor del abate de la Rosa, sargento del “Batallón de Salvación”, quien gestiona y certifica la afiliación del jugador de billar del tercer mundo.

Damos nuestro reconocimiento, también, al maestro Sandoval por los recitales a beneficio de la Sociedad de Billares para salvar del embargo a las mesas de billar del “Club Olimpo”.

Nuestra admiración al Gallo Arce por la asesoría y terapia de barra y salón que ofrece sin distinción a jugadores de billar y dominó; por encauzar a los jóvenes en las estrategias del juego y responsabilizarlos en los torneos correspondientes. Además, por la creación de terapias ocupacionales entre viejos y ancianos que creían que su vida ya estaba liquidada.

Nuestra más indignada protesta por algunos medios de transporte, incluyendo los taxis, por no dar servicio a compañeros, quizá por su mala facha, su color mortecino y la ojera panteonera; obligando al billarista a tomarlo al vuelo o a la



carrera. Dicen que la misma Cruz Roja ha abandonado el servicio en ocasiones. (Tomemos lo último como un rumor nefasto y un burdo vituperio).

Hay billaristas que tumban los tendidos de los estucheros ya con el estuche de billar o bien con los pies, casi siempre grandes debido a las millas que recorren alrededor de la mesa. Esto prueba el descuido con que se desplazan en el mundo exterior. Por tal razón, algunos billaristas son más temidos que los inspectores. Y si el billarista calza y gasta juanetes . . . ¡Vive Dios!

Las esposas que sobreviven al matrimonio con billaristas, son mujeres que las asiste una alta misión espiritual; pero si el billarista lo combina y lo alterna con el dominó, es decir, que después de la jornada habitual de billar, consagra las noches para jugar dominó, entonces, la mujer requiere un colegio de psiquiatras franciscanos y una cuadrilla experta de paramédicos para ajustar la mártir al calvario de un apóstol del billar y del tiempo libre.

Cuando una mujer castiga a su empedernido esposo, y lo priva del vital juego, puede ocasionarle graves trastornos cerebrales que van desde el Mal de Parkinson, la embolia, o bien la plena idiotez. Estas mujeres fracasan por completo, porque era preferible sufrir a un jugador como cónyuge, y no a un ser en estado vegetativo. ¡Dios nos libre!

El lunes el Gallo Arce recorre las peñas y tendidos de dominó y oficia su tenaz predica por el buen uso del idioma.

Los lunes, en el Club Olimpo de Chupaderos, es un día de fiesta. De ahí se derivan los mejores planes para la semana.

## BLAS, UN GALLO MUY JUGADO

Blas llegó a Monterrey en 1914, cuando los embates de la revolución hacían estragos esporádicos en la ciudad, mientras en Europa se libraba la Primera Guerra Mundial. Contaba con 9 años que le permitieron cursar el cuarto año de primaria con muy pocas clases y muchos tropiezos.

El Gallo Blas es hoy un alegre octogenario que disfruta su jubilación en el Club Olimpo, en amenas rondas de dominó y comparte su experiencia de hombre de mundo en los comentarios de mesa y sobremesa; de barra y contrabarra.

El club vive la euforia del mundial de fútbol. Blas ha tenido que integrarse a la Ola de la fanaticada de la barra.

*La Ola requiere la absoluta participación, la coordinación rítmica de un esfuerzo sincronizado, que consiste: en levantarse un palmo del asiento, apoyando los pies en los barrotes del banquillo, sin levantar las manos.*

*Visto desde las mesas, el ingenioso ejercicio calistécnico asemeja un gusano ondulante que va de un extremo a otro de la barra, con el mismo entusiasmo.*

*Todo Chupaderos quiere y respeta al Gallo, y es un verdadero honor para el club tenerlo como socio. Todo mundo está pendiente del comentario y la crítica del Gallo, por su ecuanimidad en la calificación de los hechos.*

— *¿Qué piensas del ambiente de la Ola?, Gallo.*

— *Son fruslerías, contesta Blas.*

— *¿Qué?*

— *Frivolidades, contesta de nuevo Blas.*

*El término es rebuscado para la mayoría de la barra; pero la interpretación es rápida. El término es traducido como jote-rías. Otro parroquiano lo traduce así: Que hay muchos frescos en la barra.*

*El mensaje del Gallo se pierde en chanzas y bromas. El último de la barra cierra los comentarios y dice: "Mucho ojo y cuéntaselo al que más confianza le tengas".*

*Blas ha acuñado más de cincuenta frases que sirven de muletillas en la conversación y que se han extendido más allá de las doscientas leguas a la redonda.*

*Blas es pionero de la industria textil, impulsó las grandes fábricas de vestidos, de camisas y pantalones. Los viajes al extranjero le permitieron perfeccionar los sistemas de elaboración y producción. Blas se especializó en las excelencias del algodón y vaticinó el triunfo de esta maravillosa fibra y pronosticó la decadencia del rayón y el nylon, fibras sintéticas que tuvieron un auge financiero a nivel mundial; pero que serían desplazadas por el algodón.*

*Todo el Medio Oriente se disputaría la asesoría técnica de Blas, auténtico hijo predilecto de Cerralvo, de Chupaderos y del Nuevo Reyno de León.*

*Algunos árabes recibirían la valiosa enseñanza, así como también el enfoque moderno de las maquiladoras. Extraña paradoja si revisamos el origen sefardita de nuestro ilustre Gallo.*

*La experiencia lúdica en el juego de Dominó, lo hacen un rival de respeto y una garantía en el juego de compañeros. El Gallo jamás viola el principio del Dominó y es fiel al esquema estratégico de las tres "R": Respetar la mano; repetir la ficha; rejorobar al contrario. El Gallo es un hombre prudente, lo confirman sus 17 lustros. Las reflexiones de las jugadas son consecuentes con el desarrollo del juego. De tal manera que no se precipita ni se excede en el tiempo, ni vacila en la especulación. El Gallo podría vivir del juego; pero tiene demasiada categoría. Su estancia prolongada en Nueva York refinaron sus costumbres y le dieron solvencia moral y económica, además de una pensión vitalicia.*

*El Gallo jamás pierde los estribos, ni deja que el vino lo emborrache, ni que la cerveza lo indisponga. En eso reside su sapientísimo estilo de vida.*

*Irónicamente, el Gallo se quebró la cadera en una inclinada y resbalosa calle del Obispado, un día aciago en que regresaba temprano, por primera vez, y lo peor del caso . . . completamente sobrio. ¡Vive Dios!*

*La brutal caída lo incapacitó para los ejercicios de barra y lo mantuvo ausente del club y sus amigos por seis largos meses, justamente el año pasado, cuando frisaba los 85 pletóricos años. Como resultado de la caída le apareció una hernia inguinal, único mal que padece. El claustro trajo otra plaga: La polilla asaltó el guardarropa y lo amenaza con dejarlo como un ángel descalzo. Fuera de estos dos males, Blas espera el amanecer del año 2000. Confía en el juego, como único sublimador de la guerra e instrumento de paz.*

## LOS NIÑOS DE CHUPADEROS

*En Chupaderos se festeja el Día del Niño, quemando la efigie de Herodes y se remata con piñatas de diablos y demás personajes aborrecidos.*

*La fiesta y los paseos corren por cuenta de algunas instituciones filantrópicas, a través de algunas sectas asentadas en la comarca, y que los naturales las toleran para conjurar el espectro del alcoholismo y la pereza.*

*Los niños hacen las labores de sus padres y ayudan al sostenimiento familiar. De esta manera los padres pueden descansar a discreción, sólo así los niños son aceptados.*

*Estos chamacos se permiten algunas libertades y chifladuras que molestan a los viejos y ancianos, se sabe de algunos viejos gruñones que sufren en la quema de Herodes.*

Pero no todo es miel sobre hojuelas para los padres de estos chicos, los cuales una vez terminada la secundaria se jubilan de toda actividad escolar familiar y se retiran a disfrutar del ocio y mantenerse con trabajos livianos y bien remunerados para disfrutar del billar y pasar la vida gracias a la capacidad de transformistas que aprendieron de sus padres y hermanos mayores.

Los niños en Chupaderos son considerados como verdaderos granujas, y junto con los tlacuaches, representan un serio problema a la escasa agricultura de la región.

Los pocos agricultores desisten finalmente de las siembras, porque nunca levantan cosecha. Los únicos sembradores son los sembradores de amistad, que no cosechan más que los buenos días.

Nadie desea progresar porque se desata la envidia. Tener lo necesario: como las aves de corral para el mantenimiento, la valiosa posesión de algún cerdo, borrego o res para tener la inversión disponible. Tener más es vanidad, soberbia, falsedad, además de inclinar a las mujeres a dispendiar en cosas superfluas.

Los niños nacen con un taco de harina y otro de billar. Cuando entran a la primaria saben más que la maestra.

Chupaderos está enclavado en un valle (del Huajuco famoso) en un collado, donde campea el aire, y el aliento se amodorra bajo los fresnos y canelos umbrosos, por eso la siesta es religiosa y sus fieles miran el mundo exterior como tramo-yistas, tan sólo con descorrer el telón sus mohosos párpados.

Esta condición de lasitud y flojera es señal de solvencia, de comodidad, de salud y tranquilidad. Quienes rompen con este principio, lo hacen por extrema necesidad, por extravagancia, por placer; pero no por mucho tiempo.

Los hombres practican una economía basada en el menor esfuerzo. Invierten aquel concepto filosófico, probablemente de Ribot: "La ciencia económica tiende a reducir el sufrimiento, aumentando la eficacia en el esfuerzo humano". Aquí se reduce el esfuerzo al mínimo y se tolera al máximo el sufrimiento con cataplasmas de sueño.

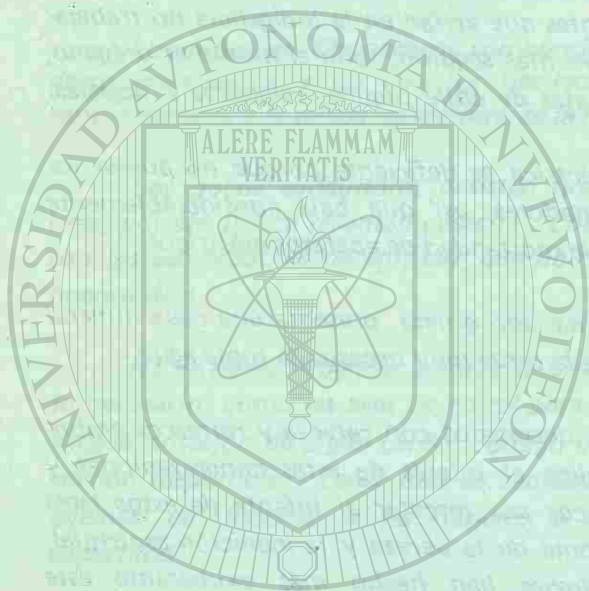
Si la necesidad mueve al mundo, aquí la necesidad choca con el orgullo. Si antes que vivían en la indigencia no trabajaban, ahora que llueve más seguido, todo el monte es orégano, tienen seguras las matas de chile piquín, calabazas y nopales.

La energía eléctrica es deficiente porque no ponen los suficientes transformadores, así que baja considerablemente el voltaje y aumenta la mortandad de aparatos eléctricos.

El agua es demasiado gruesa, presenta una capa mineral corrosiva. Solamente la gente muy necesitada toma agua.

Los niños son destetados con cerveza y refrescos embotellados. Esto explica el interés de estas congregaciones y algunos centros cívicos por rescatar al infante de estos lares y combatir el síndrome de la pereza y la inanición espiritual. Ultimamente, las lluvias han hecho más exuberante este lugar, de tal manera que la humedad se ha hecho excesiva y cría moho. Los hongos y el líquen prosperan en el ambiente o se asocian en comandita y se toleran como huéspedes.

Sólo hay que estar pendiente de moverse lo necesario, orearse, para no dejar que la ruindad del alma se llene de moho... o apatía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

## EL EMERGENTE

*Chupaderos no figura en el mapa ni existe registro alguno, por algún extraño descuido cartográfico. Tal vez porque se extiende en las márgenes de tres municipios y su franja es montañosa y desértica, con depresiones que van de los 500 a los 1000 metros sobre el nivel del mar.*

*El clima es extremo y las lluvias son impredecibles. Por esta razón la fortuna vacila entre la ruina y la prosperidad. La gente es huraña y sumamente voluble, muy dada al argüende y a las burlas. Las apuestas constituyen el pasatiempo favorito, tal vez para compensar los vuelcos de la suerte y el resentimiento.*

*Los primeros pobladores de estos lares fueron pastores y anacoretas, refractarios a censos y a todo trato con extraños. Sus modestas libaciones eran con leche de cabra. Su temor fundado era más al hombre que al coyote.*

Hoy en día, la majada dio paso a la modernidad, y el otrora majadero, trae hoy, camionetas con las que pastorea y corretea los negocios del día.

Después de las apuestas, el beisbol representa toda su pasión y los lleva al patrocinio de equipos y a contratar gente de los tres municipios.

Chupaderos no tiene buenos jugadores porque sus moradores son granjeros o dueños de depósitos, abacerías, tendajos, moliendas, billares, gallineros o chiqueros y, los más humildes, sobreviven con algunas gallinas o se entretienen con algún burro o dos de la familia doméstica.

En Chupaderos dedican su valioso tiempo libre a los temas bucólicos con respectivas libaciones de néctares amarillos y el meticuloso asado de cabritos y borregos al pastor para el ágape y las papalinas después de cada juego. El equipo perdedor paga el dispendio.

Tom "La Gorda", manager del equipo de Chupaderos, le había encargado a Víctor un buen bateador emergente.

Después de buscar infructuosamente por algunos barrios de la ciudad, Víctor hizo un alto en el camino, justamente en el bar, donde el afable "Cantinflas" le refrescaría la garganta. Ahí podría despejar su mente . . . Tal vez encontraría al emergente que necesitaba Tom.

— Necesito un buen bateador, —dijo Víctor—.

— No, mi estimado, aquí hay puros "catchers", —dijo el "Cantinflas"—, mirando al Sony, quien reía por la alusión.

— Sepa Ud. Víctor —dijo el Sony— que siempre fui un cheque al portador para el bateo. Y no fui a las grandes ligas por dos razones. Primero . . .

— Por chaparro —interrumpió el "Cantinflas"—.

— Bien, (riéndose) esa es una razón, —prosiguió el Sony—; la otra, es que fui remiso.

— "Remenso" —dijeron por ahí—, (todos se rieron).

— "Además sé cantar" —interrumpió de nuevo el "Cantinflas"—, parodiando a la mujer Araña, que se presentaba cada año en las ferias.

Más tarde llegaron otros parroquianos. Todo mundo hablaba de beisbol, con excepción del "Diente Fino" y el Chez que traían un negocio entre manos.

Víctor se olvidó del encargo y se deleitó de las narraciones, estadísticas y records de los comensales. En ocasiones entró en controversias; pero el cantinero era excelente moderador y sabía mejor las fechas y nombres que todos, porque ya había escuchado todos esos rollos repetidas veces.

Habían convertido el salón del bar en un parque de beisbol, el escenario imaginario estaba poblado de ídolos que pescaban y bateaban increíblemente. Por su parte, el sol trasponía el jardín derecho.

El billete que Tom le había dado a Víctor para conseguir al jugador, fue desdoblándose paulatinamente cubriendo los gastos. Víctor y el Sony habían agarrado la "jarra" con empeñoso celo, salieron del bar y se dejaron llevar por la inercia pesados de la noche. Poco a poco descendieron por un vado, como si respondieran al llamado de la selva, hasta

llegar a un lugar conocido como el "Pozo de los Tecolotes", zona elegida —ad hoc— para la tolerancia y marcar el límite de las buenas costumbres, zona de giros, no precisamente equivocados, que trabajan con autorización y vigilancia para los bajos ejercicios de las firmas y demás tratos comerciales.

Víctor y el Sony estaban muy lejos del jardín y la loma de las serpentinatas, habían llegado a los escabrosos bajos fondos de los llamamientos y los falsos encantos de sirenas y quimeras.

Hasta que el sol apareció en la postal de la ventana, y a Víctor le pareció ver en el sol, la misma cara colérica de Tom. En ese momento providencial, Víctor vio al Sony como mandado del cielo para ocupar el honroso sitio de emergente.

El juego se libraría cerca del Huajuco. Tom rabiaba por la tardanza de Víctor. Cuando faltaban algunos minutos para empezar el esperado duelo, apareció la contrastada pareja. Por fortuna, Tom traía uniformes de la Liga Pequeña. El Chaparro se fue a cambiar. Cuando Tom vio al Sony tuvo un extraño sobresalto y ásperamente le preguntó a Víctor sobre las facultades del Chaparro. Víctor rehuyó la mirada diabética de Tom, lo tomó del hombro y lo llevó tres pasos a la deriva, para pensar algo rápido y concluyente, y le dijo en tono confidencial: "Tiene un par de muñecas que dan miedo". Tom sonrió y se tranquilizó. Había apostado fuerte, al igual que su porra y los seguidores. Víctor se fue a su puesto a la primera base. Había palidecido un momento; pero el equívoco le había dado resultado . . . "Las dos muñecas que daban miedo" eran las dos mujeres espantosas que le había presentado en el "Gato Negro". Ahora Víctor rezaba para que el juego no necesitara del Chaparro. Por desgracia, en la fatídica séptima entrada se llenó la casa. Era la oportunidad para el emergente . . . El Sony parecía un pequeño gigante. Rumiaba una bola de semillitas tostadas y escupía como los grandes peloteros negros. Al acercarse a la zona de bateo se le salió un "spike" . . . "Tiempo" —gritó

Tom— y aprovechó para decirle: "Tu eres el bueno, campeón", "vámonos recio".

La tensión crecía para los dos equipos. Víctor lo había aconsejado para que no bateara, que esperara la base.

Dos "strikes" cruzaron el plato. El Chaparro pareció inmutable. Silencio y gritos se alternaban en los lanzamientos.

El pitcher temblaba. Siguieron tres bolas malas. El Sony miró a Víctor, quien movía afirmativamente la cabeza. Toda la porra le gritaba: "Mucho ojo", "tiene que ser muy buena". "no se deje ponchar", "no coma caca", "vuéllese la barda".

Venía el lanzamiento definitivo. El Chaparro abanicó una bola alta. Lo había hecho sin coordinación, sin idea. La risa y las silbatinas del otro equipo dominaron el valle. La porra de Chupaderos bramaba como bisonte herido. El desaliento y el coraje se apoderó del equipo. Vinieron los errores y se perdió el juego. El Chaparro tuvo ganas de ir al baño. Víctor lo llevó detrás de una nopalera. Tom vomitaba algo amarillo. La porra salió a lincharlos. Víctor y el Sony habían abierto brecha por entre nopales, huizaches y matas espinosas. Habían llegado a la carretera como puercos espines. Por suerte una troca de redilas los levantó y enfiló a la ciudad. Mientras, los de Chupaderos, ponían precio a los uniformes y pellejos de Víctor y el Sony.

Buscaban hasta debajo de las piedras.

Tom gritaba: "Colgaré de la lengua a Víctor; y de las muñecas, a ese Chaparro malhecho".

¡Hijos de la tal por cual!



## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

### DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

#### EL "CANTINFLAS"

*Todas las noches, después de clases, llegaba al bar para hacer el corte de caja y aclarar cuentas con el "Cantinflas", el flamante cantinero que mi padre había contratado recientemente.*

*El "Cantinflas" había trabajado en cantinas y las había encumbrado; pero a él le gustaba conquistar nuevos auditorios. Esas eran sus credenciales. Convertía al cliente casual y escurridizo en parroquiano y fiel devoto y lo hacía acólito del culto a Baco.*

*El gran parecido del cantinero con el genial mimo de nuestro cine, hizo que pronto se llenara el salón, sobre todo la barra, así que el negocio marchaba sobre ruedas, salvo algunas fugas, cuentas de clientes que nunca conocí, clientes fantasmas*



tal vez, imaginarios, que el "Cantinflas" presentaba para cubrir los faltantes.

No era fácil abordar mi desconfianza, él era tan susceptible que se enrocaba en un mutismo de extrema molestia y languidez que iban en detrimento del negocio. Lo mejor era departir y conocer el fondo de la botella.

Los buenos cantineros tienen una gracia, un carisma, un ángel que levantan el ánimo casi siempre sombrío de las cantinas. La oportuna diligencia y amabilidad de estos servidores ganan de inmediato el afecto y el favor de los clientes.

Son psicólogos y observadores atentos que abren puentes de comunicación entre seres herméticos, extraños, frenéticos, joviales, apáticos y estúpidos. Su habilidad para entender todos los detalles, les permite regular la llama de la conversación y saben sintonizar la plática para que no se degrade por el ruido o por las lagunas mentales.

Saben tejer la trama de toda una barra, interrumpirla o continuarla a discreción. Son el buzón confidencial de infinitas historias turbulentas. Cuando es necesario se vuelven consejeros. Saben ponerse graves y firmes, sobre todo a la hora de la cuenta. Saben sumar mejor que los clientes. El lápiz es su mozo de armas, servil y amañado en los momentos precisos. . . Ellos saben cuándo y cuánto, y a nosotros sólo nos queda la duda de: cómo y dónde.

En fin, ellos saben convertir la tragedia y la pesadumbre en comedia, en farsa o descienden hasta el burlesco y zafia bufonería, o al contrario, de una grotesca chuzonería o plática trivial, extraer un tema y elevarlo hasta categoría de franca especulación con la ayuda de los ilustres bebedores de la barra que fungen como apuntadores de su propia comedia. Cuando uno tiene un cantinero así, se está a salvo.

El "Cantinflas" tenía casi todos estos atributos; pero era . . . filántropo y su alma se desgarraba fácilmente por la miseria humana, seguramente las leyendas de Robin Hood, el Zarco, de Agapito y Crispín Treviño lo habrían sacudido y lo habrían vuelto generoso y espléndido en un negocio que no era el suyo.

Lo descubrí esa misma noche, cuando una tragedia que contaba un parroquiano nos conmovió hasta las lágrimas, entonces el "Cantinflas" empezó a servir por su cuenta, aduciendo que su horario ya había terminado, luego cerró la cantina para respetar el cierre y dejó que los clientes le devolvieran amablemente las copas hasta que cada uno vació sistemáticamente sus bolsas y los despidió como un padre.

Entonces me dijo: "ve usted cómo es necesario que tenga gastos de representación, cuando la casa invita, la casa gana . . . ¿no es así"? Entonces le dije: "un día de estos te mandaré con el Padre Infante o con el Güero Benavides para que continúes tu labor franciscana".

El "Cantinflas" rió con ironía y agregó:

—Naturalmente usted y yo llegaríamos a un arreglo en las hospitalarias oficinas de Conciliación . . .

—Me parece bien —le dije—. Así te rebajarías todas las cuentas fantasmas. ¿No crees?

—No se crea. Yo nunca le muerdo la mano al que me da de comer.

En seguida se puso a recoger los envases y guardó algunas cervezas semillenas y les puso fichas y las metió en el refrigerador.

—Pero qué haces, "Cantinflas".

—Mañana le puedo salvar la vida a un teporocho (y el "Cantinflas" tocó madera) y agregé . . . Yo les daría las cervezas; pero el negocio no es mío. Y su mirada brilló llena de ironía.

—Ojalá el bar no se convierta en un dispensario.

Luego nos despedimos como dos buenos amigos, con una sonrisa a flor de labio. Por el camino a casa me acordé de las frías oficinas de la Junta de Conciliación y Arbitraje (benemérita institución del trabajador); de la tragedia de aquel parroquiano; de los teporochos que formaban el "Escuadrón de la Muerte"; del don de gentes del "Cantinflas" y su versátil mimetismo.

Bien valía la pena dejar las lecturas de novelas algún tiempo y escuchar las historias y asomarse al submundo de las conciencias.

Dejar al "Cantinflas" que siguiera aligerando las cargas y las alforjas para que se repitieran al día siguiente.

## EL KILOWATITO

Tan pronto como el "Cantinflas" administró el bar, implementó nuevas técnicas en el sistema de créditos y cobranzas; habilitó a los tarjetahabientes de la barra, a los más ladinos y peñasqueados deudores de cantinas del oeste de la colonia.

Entre ellos a un puñado de exboxeadores y veteranos de los "Guantes de Oro", quienes habrán ablandado el corazón de cera del "Cantinflas", y éste les aplicó una amnistía y les otorgó una línea de crédito blando para levantarles la moral y la guardia, y sobre todo, evitándoles que cayeran en los bajos fondos de algunas piqueras de mala muerte como el "Sesteo del Guerrero" y "El Arca de Noé".

Sitios de afrentosas calamidades, donde asuela "el escuadrón de la muerte" y asalta con su mendicidad pidiendo una ración de vino o aguardiente, y sobre todo, evitándoles el en-

cuentro con tantos aficionados al box que quieren iniciar su cuenta de noqueadores y malditos, que buscan un costal de huesos, y si éstos son veteranos del ring obtienen una fama rápida y naturalmente un respeto envidiable.

Aunque muchos de estos bisoños fajadores pagan cara su osadía y su candidez al engañar a estos viejos zorros, que mientras eluden los pleitos por principios y por razones obvias, estudian al gallito y le ven el tamaño de los espolones, y animados por dos o tres compadritos y el recuerdo de pasadas glorias, de pronto su cuerpo se vuelve elástico por la magia de la adrenalina, entonces sólo tienen que hacer un finta y emplear sus mejores golpes . . . y ¡hete ahí! al novato mordiendo el polvo y sesteando. Ha recibido su mejor lección que lo proscribiera del box o lo empecina para entrenarse mejor.

El regreso de estos viejos "boxer" al bar, coincidió con las extrañas golpizas al Kilowatito, afuera del negocio, a escasos metros de la puerta que hacía suponer muchas cosas, dado que en las dos ocasiones había sido un solo golpe en la misma región de la frente y no había señales de robo.

Por otra parte, el Kilo no había visto al sujeto felón que se ocultaba en las sombras. Todos sabíamos que el Kilo se quedaba dormido y que regularmente dormitaba recargado en los postes y en la barra, en ocasiones había caído al suelo sin que despertara del profundo sueño.

El "Cantinflas" no le dio importancia; pero este hecho movilizó a un piquete de hermanos, siete indignados "fratelos" llamados "los coreanos" y que gustaban de las artes marciales para ir más a tono con sus rasgos orientales.

Cuando llegaron a la cantina ya habían patrullado los alrededores recabando información, sólo faltaba una inspección

final; y ésta era la versión del "Cantinflas".

Habían escogido el rincón del bar y desde ahí lanzaron sus plumizas miradas fulminantes llenas de rabia. Casi todos evitaron coincidir la mirada derretida y anémica con la acerina de los basiliscos orientales, salvo el "Cantinflas" que hablaba en voz baja con los cuatro veteranos y que daban la espalda a los solidarios hermanos.

—No volteen —dijo el "Cantinflas"— yo arreglo este asunto.

—Parece que traigo un tumor en la nuca —dijo uno—.

—Andale porque yo no aguanto mucho y parece que la bronca es con nosotros.

—Pos popochas —dijo otro—.

—Ni modo, ellos quieren salir en la película —dijo el último—. Vamos a ver qué arregla mi compadre, el "Cantinflas".

No tardó mucho el cantinero en convencerlos. Se despidieron cordiales.

Todos querían saber qué se traían los coreanos, y se acercaron a los comentarios del "Cantinflas", que reprimía su risa . . . y tomaba su tiempo para que otros se acercaran también a la barra . . .

Como ustedes saben el Kilo siempre anda bien fumigado y dormitando todo el día, sale como sonámbulo y se va recargado por la pared, guiado por sus manos, y como ustedes saben, que donde empieza el patio del bar hay una viga de madera que sale por la barda, ésta coincide con la frente del Kilo y lo rebota.

—¿Cómo lograste desentrañar esto? —dijo el Sony—.

—Elemental, algunas personas altas y distraídas ya me lo habrían dicho.

En eso el Kilo y dos hermanos entraron al bar y muy pronto se olvidaron del asunto. El Sony cantó una "ranchera" y al poco rato el Kilo dormitaba en la barra y una saliva le colgaba como una leontina.

Sus dos hermanos sólo movían la cabeza y el "Cantinflas" se encogía de hombros. Mientras los boxer recordaban algunas peleas y señalaban los golpes sumamente complacidos de recordar y disfrutar. El Sony empezó hacer sombra.

El "Cantinflas" vio su reloj, eran justamente las horas en que cerraba. Se sentía feliz e invitó las últimas.

## EL ESCUADRON DE LA MUERTE

Hay una compulsión que anima a muchos bebedores a escapar de la inercia de la trivialidad, a ir más allá de un simple examen de conciencia, y esta es la de sorprender a la lechuza de Atenea para ponerla en los hombros de la conversación y despabilar al amañado Hermes, dios de la Comunicación, y se ponga en juego todo el potencial intelectual para honrar a Dionisio con la lira y la metáfora.

En las barras de las cantinas a veces impera el soliloquio o se ajusta a los temas casuales y fortuitos, por lo que el búho huye o se pone a la expectativa en la penumbra.

Bastó que pasara un trío de teporochos, llamado el Escuadrón de la Muerte, para que esa noche el tema versara sobre el alcoholismo. Los teporochos venían peinando la zona, to-

mando todo lo que tuviera alcohol y pidiendo una ayuda económica para celebrar su posada en el solar en turno que les servía de morada y de tinglado para su holocausto. Pacíficos y cordiales hacían la colecta para comprar luego, el aguardiente, y oficiar el sacrificio que tomaría por asalto sus hígados y los bañaría de sangre con el escarpelo del licor.

El "Cantinflas", cantinero del bar, guardaba las cervezas más llenas, cervezas bigoteadas o azorrilladas que salvarían de inminente muerte a cualquiera de ellos. El "Cantinflas" conoce la vida de todos los parroquianos; pero ignora la de estos cataros del alcohol, (porque se purifican con estas llamas), o simplemente "catarras", cuyo expediente es el mismo: un día tuvieron una ilusión, un trabajo, una familia y lo perdieron todo. El cantinero les regala un lonche, pero el que lo recibe lo acepta con educación y su mirada lo dice todo... preferiría vino.

Beto se enternece y da gracias a Dios que él ha dejado de beber con la fraternal ayuda de la "Doble A" y se enfrasca con el Sony, pintor de brocha gorda y el más pintoresco de los clientes.

— ¡Alerta! Sony, tu sigues, mírate en ese espejo.

— Mi querido Beto, Ud. no puede cantar victoria, ni decir: De esta agua no beberé, porque con un chocolate envinado puede Ud. agarrar de nuevo la "jarra".

— Tienes razón, me llené de jactancia, pero déjame decirte una cosa: Tengo fe, y junto con mis compañeros de grupo, mis hermanos, —como ustedes— elevamos súplicas al gran Arquitecto y tratamos, con modestia de lograr vivir sin el alcohol.

— Yo, —dice el Sony— soy un alcohólico reconocido...

Entra a terciar el "Cantinflas" y les recuerda unos versos de Antonio Plaza: "... abusando del placer, no hay placer en el abuso". Mientras se animan en la plática, el Kilowatt se ha quedado dormido, recargado en la barra. Se acerca el doctor Pérez, ansioso por comentar: "Muchos se retiran del trago y vuelven con más fuerza, como los borregos".

(Beto y el Sony continuaban la plática).

— Mi trabajo es subir escaleras y caminar por andamios —dijo el Sony— esos días debo cuidarme más, curarme bien la resaca; pero cuando trabajo a ras del suelo, le doy hasta que el cuerpo aguante, o la bolsa y el crédito me lo permitan. Aquí tienes al Kilowatt cuando subía a los postes no tomaba, porque un día se cayó. Ahora que trabaja por su cuenta, cada rato se recarga las pilas, o se desconecta como ahora.

Afuera los indigentes tepos proseguían su marcha. Algunos perros acompañaban a esa caravana suicida y marginada, como perros guardianes. Ellos también se separaban para hacer su colecta de algunos botes de basura, pero uno de ellos se mantenía fiel, junto a sus amos, uno de éstos le dio el lonche del "Cantinflas", entonces el perro le hizo fiestas de agradecimiento.

Ahora el doctor hablaba de la depresión, de la angustia y el stress de la vida moderna. Se habría quedado Beto solo.

El "Cantinflas" se habría quedado pensativo un rato, luego exclama con cierta indignación: Tantos coleccionistas de insectos, biólogos y científicos preocupados por la vida y extinción de algunas especies, y aquí están ellos, ipobres miserables!

— Tal vez ya no tengan remedio —dijo el-Sony—.

— Claro que lo tienen —dijo Beto— lo que pasa es que se ha perdido la caridad, y vemos a esos seres despreciables, como si no fueran nuestros semejantes.

—¿Sabe Ud. por qué no se ocupan los trabajadores sociales ni los demás profesionistas? Porque no están en extinción. Todos los días van sumándose nuevos catarrines. Forman legiones en todo el mundo. A un paso de la muerte súbita, ni siquiera la locura los puede salvar del sufrimiento —dijo el doctor—.

— Si hay sufrimiento, puede haber salvación, basta un poco de arrepentimiento, de voluntad —dijo Beto—.

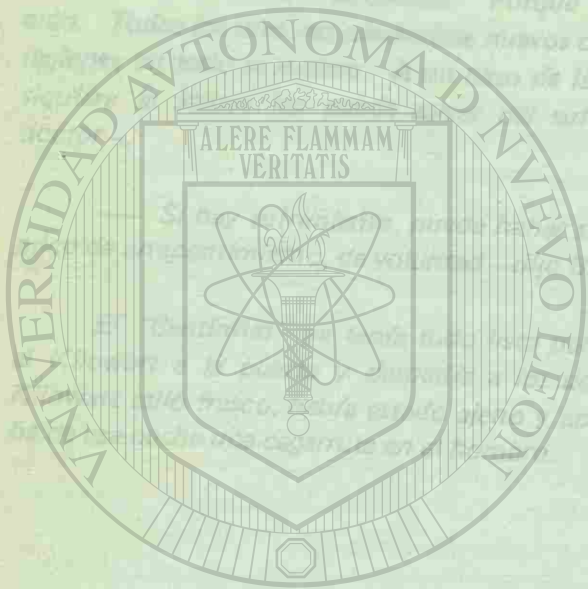
El "Cantinflas" ya tenía todo listo para cerrar y llevaba al Kilowatt a la puerta y despedía a los demás clientes. El Kilowatt salió fresco, había estado ajeno y apagado, sólo llevaba de esa noche una cagarruta en el hombro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EDICIONES ARBOR. Este es un sello cultural que se edita bajo el signo ARBOR es una institución cultural que forma parte de la Dirección de la Comunicación de la U.A.N.L. a través de la cual se promueve y difunde la cultura y el conocimiento en el ámbito de las ciencias, las artes y las letras.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta edición se terminó de imprimir  
el día 20 de marzo de 1991  
en la Imprenta de la Facultad de Ciencias  
de la Comunicación de la  
Universidad Autónoma de Nuevo León.

La presente edición  
consta de 1,000 ejemplares.  
El cuidado de la edición estuvo a cargo del  
Lic. Ernesto Rocha Ruiz,  
Director Editorial de la Facultad de Ciencias  
de la Comunicación, U. A. N. L.

EDICIONES ARBOR: Poesía, ensayo, narrativa y textos.

Editar bajo el signo ARBOR es una actividad cultural que la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la U.A.N.L. asume responsablemente y considera como un estímulo para quienes sienten la necesidad de expresar por escrito sus inquietudes literarias.



UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO  
CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

PQ  
.1  
.A  
U5  
Ei